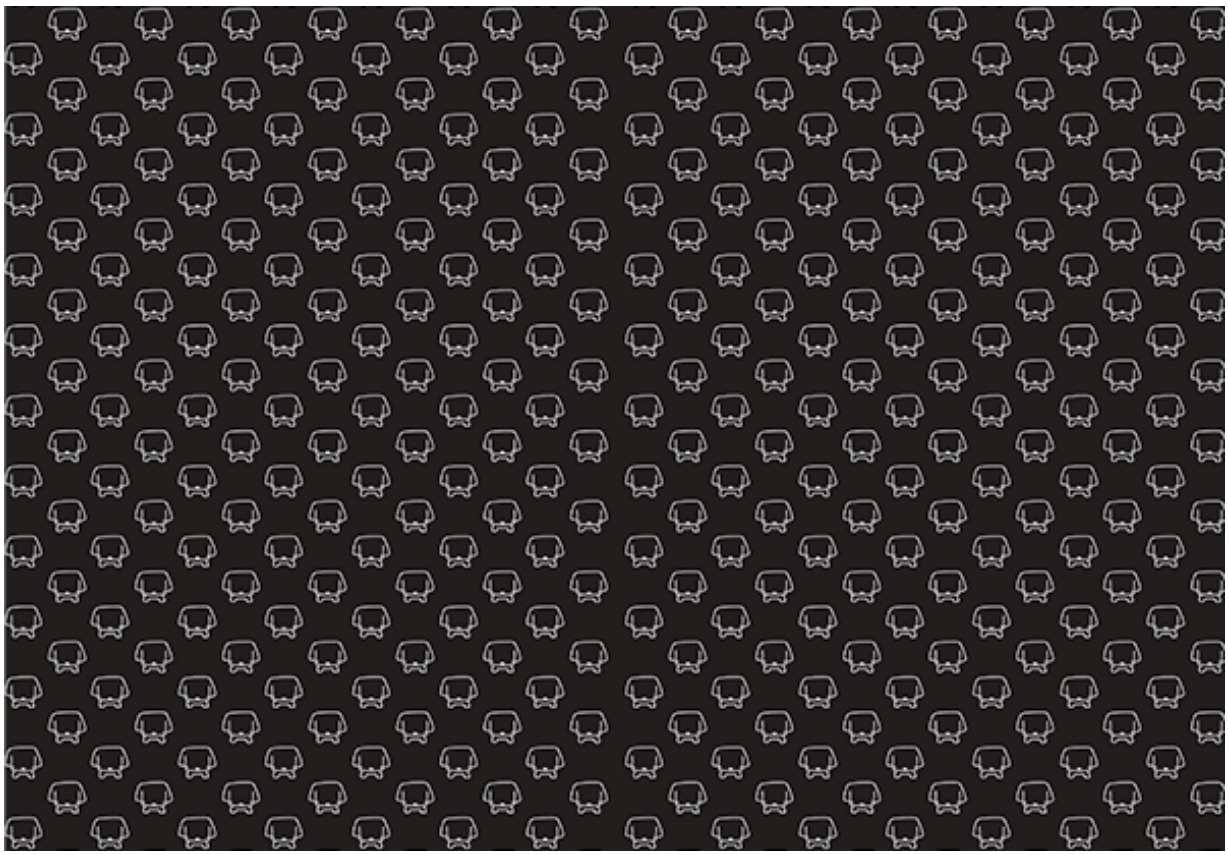
Bosques aún más profundos

Sarai Herrera

En este pueblo las gentes crecen retorcidas, desgarbadas, los brazos flácidos caen a los lados del cuerpo, las manos adoptan forma de garra, el corazón, tallado en espiral o en forma de hélice, se clava como un abridor de metal en su pecho, de donde no se mueve.




BLACKIE
BOOKS

Sarai Herrera



Bosques aún más profundos

Diseño de cubierta: Abel Cuevas
© de la ilustración de la cubierta: Beatriz Lobo
© de la fotografía: archivo personal de la autora

© del texto: Sarai Herrera, 2025
© de la edición: Blackie Books, S.L.
Calle Església, 4-10
08024, Barcelona
www.blackiebooks.org
info@blackiebooks.org

Maquetación: Bookwire

Primera edición digital: octubre de 2025
ISBN: 979-13-87748-27-2

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

Índice

Primera parte Orografía
1
2
3
4

Segunda parte Linfa
5
6
7

Tercera parte Espesura
8
9
10
11
12
13

Cuarta parte Bosques aún más profundos
14
15

Agradecimientos

Persiste la tentación de creer que los lugares pequeños no son capaces de trascender un recuerdo. Que no pueden competir por sí solos y, enfrentados al resto, resultar vencedores en la construcción de algo sólido que dé a luz a nuestros miedos más íntimos. Cometemos un grave error al pensar que no pueden ejercer como piedra de toque, incrustada para siempre en el fondo de nosotros, hasta que de nuestros cuerpos no quede nada salvo lo dicho. Aquellos lugares, aldeas extraviadas al torcer fatalmente en la estación de servicio, errores de cálculo al cambiar de autopista, permanecerían en silencio en el interior de sus visitantes, acumulándose el polvo encima de su memoria como se deposita también en las camas de sus gentes, poco o nada importantes, con sus praderas de amarillo calcado y la repetición contenida en el recorrido que siguen sus edificaciones, vulgares, monótonas, reflejo de otros pueblos análogos, ocupando un espacio minúsculo en nuestros corazones.

Primera parte
Orografía

1

El valle, que nunca había sido inundado por las lluvias ni emborronados los caminos que le daban acceso, se erigía inofensivo en el recuerdo de sus hijos, los que habían preferido marcharse y los que habían elegido quedarse allí para siempre. Algunos todavía recordaban las primeras historias que se contaban, cuando no existían los periódicos ni las televisiones, cuando cada uno de los sucesos extraños se limitaba a reseguir el camino de una genealogía. Las transmitían convencidos de que esas historias no tenían influencia en sus oyentes, de que el ambiente no se volvía más pesado y el viento no perdía gravedad para evitar eclipsar la cadencia de sus voces. Un relato se cerraba y daba comienzo a otro distinto; una vida terminaba y la hierba seguía creciendo debajo de las piedras. Algunos cuentos habían sobrevivido a los años porque se habían introducido en el imaginario popular. Otros saltaban encima de los hombros y allí se aferraban. Pasaba lo mismo con los muertos. Yo misma tenía al ahorcadito, a mi tío el deficiente mental, enganchado con fuerza al cogote. Aquí los muertos te montan y no hay manera de sacártelos de encima. Se te adhieren al pescuezo como una garrapata y apoyan los pies en tus hombros o, como ocurre en mi caso, si el chico murió colgado, los pies solamente te rozan porque flotan por encima de las escápulas. Cuando esto sucede, me doy cuenta porque puedo oler las uñas de sus pies, que están sucias y roídas por las lombrices. Me empuja hacia abajo las piernas, que se estremecen con un temblor similar a la excitación, y todo mi cuerpo parece hundirse en el suelo.

¿Sabes lo que le ocurre a alguien cuando tiene un muerto montado? Que se hace dueño de un poder que no es suyo, es del difunto, que se lo presta para un ratito. Primero se te cierran los ojos; luego se abren y ya no parecen los mismos. Alguien que entienda puede adivinar un color más oscuro, como engullido en las cuencas por una succión interior. También la figura se te estira o se te encoge; escuchas cómo te crujen las articulaciones, que se acomodan de nuevo, y a menudo la voz se te afina o se te agrava. Dicen que el montado puede cortar la fiebre de los enfermos y contener los dientes que castañetean por el frío, pero a mí no se me sube un santito de esos que curan, se me sube un chico moreno que se resbala y se tambalea. Basta un respingo con esas tibias de hueso pelado y pienso: si no estuviera ya muerto se estallan, bájate, bájate. Pero no me hace caso y mis ojos se vuelven más negros, pierdo el control de mí misma y arremeto con todo lo que hay delante, como si mi sombra se desdoblase.

A veces reniego de eso y me lo quito a empujones. Le digo: tira pa abajo, tito, que yo no quiero ser esa. Es difícil despegarlo cuando estoy demasiado cansada. Si voy al pueblo, no solo lo veo a él, sino a todo un reguero de muertos. Hay tantos cuerpos acumulándose en el canal que el patio de los Leones palidece de rabia. La acequia los conduce calle abajo hasta que sus cuerpos hinchados de agua secan la balsa y el lavadero. Las culebras que nadan allí revientan su vientre de sangre y sus cuerpos se amontonan como tubos neumáticos en un vertedero.

* * *

En los terrenos que pertenecen a mi familia, aledaños a los dominios del Renco, se encuentran la granja, la casa de arriba y la torre de luz. Más allá de la granja, está el bosque. A esa parte de tierra que es nuestra el abuelo la llamó el Cortijo del Milate y, como usábamos aquel nombre de forma cotidiana, de pequeña creía que designaba algo muy concreto que podía usarse para describir lugares semejantes, como si fuera un sustantivo común. En clase de Lengua escribía redacciones en las que recorría las tierras del Milate, en las

que ocurrían cosas en un milate, y cuando mi profesora me preguntaba qué demonios era aquello le decía: un bosque lleno de olivos, una extensión de tierra tan grande, una oquedad, un agujero en la tráquea de un viejo, la dimensión desconocida atestada de jabalíes, de lobos y de culebras, los prados más verdes con desmotadoras de algodón y molinos de trigo que coronan la cima del valle y parecen máquinas del tiempo o coches fantásticos en los que una se mete y juega a que huye muy lejos, pero los grillos chirrían en la noche y te despiertan las zorras degollando las liebres y el sol del verano achicharra y vas con cuidado al meter los pies en la acequia porque el agua está fresca para ti, pero también para las culebras, que nadan marcando el camino para cuando te pierdes o has huido de casa con la intención de tirarte barranco abajo, y tu madre se enfada y solloza mientras te busca en la granja y cuando vuelves te dice que la que te va a caer es pequeña, has enfadado a mamá, te va a castigar todo lo que queda del verano y tú no entiendes por qué te castiga si has querido morirte y si es así es que entonces tiene que amarte, pero no te abraza y te pega un guantazo y entonces piensas que mañana volverás a intentarlo, y lo intentarás tantas veces que te habrás aburrido para cuando ya seas adulta y digas para qué y por qué si ya he ido y he venido, de la muerte se vuelve, no me caí por el barranco, me despeñé a propósito por su pendiente, todavía estoy mirando hacia arriba desde el fondo del precipicio con las agujas de los cactus clavándose en mi espalda y el riachuelo en el que nadan los pececitos azules y el bosque desierto pero más vivo que nunca lleno de animales que acechan a través de los árboles, mirando hacia arriba los ojos hacia al cielo, tan altos tan altos que se salen de las órbitas y son como dos proyectiles que impactan en el firmamento.

Todo se vuelve distinto con la mirada. Todo lo que se mete dentro de nosotros y no somos capaces de expulsar se ve reflejado en nuestros ojos, que son dos prisiones de vidrio para los seres que habitan allí. Me han restregado conejos por el cuerpo que después enfermaban, me han hecho limpiezas que hacían vomitar a las brujas, las mujeres tosían flemas marrones que escondían en el dorso de las manos procurando que no me asustara. Pero la presión

de los hombros no cede; se hunden mis caderas y la tierra debajo de mis pies dibuja dos pares de huellas, el sudor en los azulejos al caminar descalza descubre más de diez dedos. El río no corre y el pueblo se seca, pero el recuerdo permanece por siempre jamás y durante todos los días de mi vida, amén.

2

A aquel pueblo, que parecía escarbado en la tierra como si fuera una fosa común, lo rodeaban montañas de color verde oscuro y peñascos de tierra yerma, lo que daba a sus hijos la sensación de estar a salvo de los peligros de afuera. Las viejas contaban que alguna vez estuvo más cerca del cielo, pero de eso habían pasado ya muchos años, cuando aquel ángel zote, más parecido a una gallina que a los querubines de cerámica que decoraban las mesitas de noche, los marcos de la chimenea y los anaqueles de sus casas, no había caído aún en la tierra. Como ocurre en los cuentos, y bajo el pretexto de alguna prueba que no conocemos, aquel desgraciado se había hecho pasar por un simple caminante, pero, después de semanas buscando un techo donde guarecerse o un trozo de comida que llevarse a la boca, se había desplomado de puro cansancio y se había quedado dormido en una de las avenidas principales que salían de la plaza. Lo despertaron al salir de la escuela los niños del pueblo, que lo confundieron con un gallo albino y le arrancaron las plumas que los llevaran hacia los seres queridos que habían perdido.

Lanzas un puñado de plumas al aire, las soplas un poquito, como queriendo simular la calidez de un cuerpo al que adherirse de nuevo, te das media vuelta antes de que caigan al suelo y las plumas te señalarán el camino. Si la mayoría están chuecas o caen de lado, no se repite porque los muertos no quieren saber de ti. Dicen que has de evitar recogerlas o tocarlas después, que sea el siguiente que llegue quien las levante del suelo. Eso habían aprendido los niños y así fueron a contárselo a sus madres con las plumas en las manos, pero las madres no les hicieron caso, ocupadas como estaban

frotando la ropa de los maridos en el lavadero. Cuando el ángel desplegó las dos alas que le cubrían el rostro, un resplandor iridiscente se derramó sobre la cara de los niños, obligándolos a mirar. Fue entonces cuando vieron que tenía siete ojos, pero ni rastro de boca o nariz. Entonces alargaron las manitas sucias y pegajosas para poder tocarlo, quizá para meterle los dedos en los ojos cristalinos que los observaban con miedo, pero retrocedieron cuando volvió a extender las alas y levantó polvo a su paso, rodeando su figura con aquella armadura hecha de plumas. Sobrecogidos, metieron las manos en los bolsillos y dieron puntapiés a las rocas, que se despegaban en la calzada y erosionaban la punta de sus zapatitos escolares de color azul cielo. Ahora sí, las viejas azuzaban a los críos: no dejéis que se vaya, se desgañitaban con anhelo. La saliva les resbalaba por las comisuras y les salpicaba la barbilla mientras los zarandeaban de un brazo o de los dos. Niños, no dejéis que se escape, y secaban con la esquina del mandil o con el dedo meñique los espumarajos de sus bocas ancianas.

El ángel se abrió de nuevo como se abren las flores que no pueden contener su corazón, con temor a desplegar las alas. Visualizó el camino que tendría que recorrer y se dispuso a huir de allí, pero los niños se arrojaban sobre sus piernas y mordían y mordían con dentelladas diminutas sus tobillos tersos y delicados. Exhausto y herido, se arrastró sobre los codos. Las piernas devoradas le seguían a metros de distancia, unidas por tendones manchados de tierra y huesos roídos con agujeros de mordeduras minúsculas, como de ratones. No llegó mucho más lejos y se fue a llorar a la fuente de los siete caños, la que está al lado de la plaza y el lavadero. Por eso le pusieron el nombre, por sus ojos: de los siete ojos brotaron lágrimas dulces y cristalinas que se mezclaron con el agua de la fuente, la más deliciosa que hayas bebido jamás. Todavía acuden de los pueblos vecinos solo para probarla.

Después de haber llorado todo el dolor que guardaba su cuerpo, con las alas ya maltrechas y las piernas hechas jirones, el ángel no lograba alzar el vuelo para volver al lugar de donde había venido. Cogía carrerilla a tropezones, como lo hacen las gallinas y los polluelos de pájaro, y saltaba unos pocos metros para acabar

estampándose contra el suelo. Los ojos se le llenaban de polvo y se le enrojecían, pero volvía a intentarlo, aun cegado por la suciedad de nuestro mundo. Al final, para coger impulso, hincó tan fuerte los muñones sanguinolentos sobre la tierra que acabó por hundir al pueblo entero bajo su peso. Un ruido como de cielo estremeciéndose tronó debajo de los pies de los habitantes, que vieron cómo las casas, las calles y las parcelas se hundían unos metros. Él se marchó volando y se perdió entre las nubes, o eso dicen que ocurrió, pero nosotras creemos que, cuando los hombres llegaron de los bancales, furiosos al comprobar lo que había ocurrido, se subieron a los tejados y allí consiguieron agarrarlo de uno de los tobillos que no había perdido. Lo bajaron, le atusaron las plumas como a las palomas viejas que tienen que quedarse para siempre en su nido y lo apalearon detrás de un corral. No pudo volver al cielo y por eso su peso sigue hundiendo esta tierra seca. Eso es lo que creemos.

* * *

Este es un pueblo pequeño, nunca ha albergado a más de quinientos habitantes. Lo digo mirando los datos en Wikipedia, pero mi madre asegura que eso le parece muy poco y me jura que fueron muchísimos más. Mi padre nos observa y, riéndose de mi madre, le responde que eso solo sería posible si contáramos también a los almendros y a los olivos. Este es un pueblo seco donde la gente nace seca por dentro, como sus árboles. Su momento de máximo esplendor tuvo lugar en las dos primeras décadas de 1900, cuando el ferrocarril llegó al municipio y conectó la villa con las provincias de alrededor. A pesar de tener la posibilidad de estar más cerca de los vecinos, mis abuelos maternos escogieron vivir apartados y construyeron su casa en el monte, a unos veinte minutos andando desde la entrada del pueblo. Desde aquella altura, tenían una vista completa de los alrededores y se podía discernir la iglesia y el cementerio. Una vista privilegiada que también aprovecharía el hijo de los Cananas, que vigiló durante nueve días y nueve noches, oculto en una de las cuevas cercanas a nuestra casa, cuántos féretros entraban por las puertas de hierro forjado del cementerio.

Cuando vio que pasaban los días y los familiares y amigos dolientes solo portaban un féretro, salió de su escondite porque, en sus propias palabras, se había dejado a uno por matar. Bajó de las cuevas y recorrió las calles gritando que era el amo del camposanto, pero lo abatieron entre la guardia civil y los hombres del pueblo por querer matar a uno de más.

Los Cananas y los Ramblillas eran dos familias del pueblo que vivían allí desde sus inicios, cuando el valle todavía no era hondo. Sus miembros más longevos recordaban haber presenciado la caída del ángel o habían escuchado contar la historia de quienes sí lo habían visto. Ocurrió que los dos hijos más jóvenes de ambas familias se enamoraron a la vez de la misma muchacha, a la que no pudieron culpar porque era hija del alcalde, si no habría acabado enterrada semidesnuda en cualquier zanja que no estuviera muy lejos. Alguien tenía que pagar. El hijo de los Cananas, un nudo de nervios que tenía ya varias historias detrás, bajó al bar a buscar al hijo de los Ramblillas con la intención de matarlo, por una cuestión de honor. Allí lo encontró junto a su hermano y, sin mediar palabra, le asestó un hachazo. El chico se quedó allí de pie con la mano todavía apoyada en la barra, sujetando un vasito de licor, el digestivo después de comer. Su cabeza rodó como un tronco de leña. El hermano saltó por encima de las mesas, intentando escapar del mismo destino. El hijo de los Cananas levantó el hacha de nuevo sin apenas esfuerzo y le alcanzó en un brazo, pero esta vez se quedó allí clavada, enredada entre los huesos y los ligamentos. Como el hermano había caído sobre su pecho, se colocó encima y tiró del mango del hacha mientras le pisaba el cuello para intentar arrancarla. Pero no hubo manera y se quedaría clavada hasta que viniera la guardia civil. El chico perdía mucha sangre y acabó desmayándose, por lo que el Cananas creyó que moriría en cuestión de minutos y se quedó satisfecho. Salió corriendo hacia el bosque y fue a esconderse a las cuevas del monte, al lado de nuestra casita, y allí estuvo vigilando la procesión que vendría desde la iglesia, para contar con los dedos aún manchados de sangre los dos muertos que quería llevarse consigo.

* * *

En este pueblo todos tienen trapos sucios que lavar. La tierra hundida en sí misma crea sombras, el sol apenas les llega y con el paso de los años sus gentes crecen retorcidas, desgarbadas, los brazos flácidos caen a los lados del cuerpo, las manos adoptan forma de garra, el corazón, tallado en espiral o en forma de hélice, se clava como un abridor de metal en su pecho, de donde no se mueve, hundido en la carne como está. Su piel se vuelve de un amarillo enfermo, casi traslúcida. Recuerdan a esas larvas acuáticas, como las crías de anguila, o esos peces con órganos luminiscentes a través de los cuales se transparenta el océano. Pero a través de estas gentes no se ve nada, ni el cielo, ni el pueblo, ni el bosque. El amarillo traslúcido de su piel resbala por sus mejillas como una pintura al óleo que no acaba de secarse del todo, se cubre a sí misma en un juego infinito de luces, una capa encima de otra, y los órganos-espirales parecen secos de sangre, como si en lugar de bombearla se limitaran a engullirla y a escupirla de nuevo.

En este pueblo, los muertos se lavan como fardos de ropa, se retuercen y se escurren en el lavadero. Los vivos van a la fuente y allí se frotan y se enjuagan los ojos para borrar los recuerdos de los cuerpos que arrebataron, para tomar aliento y volver a su cama a dormir por las noches. Uno tiende a pensar que existe una razón detrás de las cosas que ocurren, pero, cuando estas se repiten a menudo, simplemente pasan a formar parte de lo cotidiano y deja de preguntarse o lo asume como normal.

En este pueblo no vivió ningún monstruo, no hay nada escondido al final de las calles, detrás de las casas o en los bancales. Aquí solo viven familias, repetían una y otra vez los vecinos del pueblo cuando algún estudiante pedía ver los archivos históricos o cuando algún periodista escribía otra más de las crónicas de muerte violenta por contusión hematoma corte pérdida rotura a manos de un padre o un hermano o una madre o una hija o un primo o un amigo o un vecino.

Algunos, como mi madre y varios de sus hermanos, escogían irse antes de envejecer en aquel podridero. Pero acababan regresando, en las vacaciones de verano o en Navidad, y traían con ellos a sus familias. Uno siempre vuelve aquí, pero no acaba retorcido del todo.

* * *

Aunque mi tío Antonio no pudo marcharse del pueblo, no llegó a crecer nunca en él. Primero dejó de hacerlo por dentro. Cuando era todavía un niño, casi un bebé, tuvo unas fiebres que se alargaron más de lo que unos padres más o menos preocupados dejarían que ocurriera y las secuelas provocaron que su cerebro se quedara a medio hacer, clavado en la edad que tenía en ese momento. En el informe de la autopsia que le realizaron cuando lo bajaron del árbol dijeron que había perdido gran parte de la masa encefálica a causa de las fiebres. Pero no murió entonces, como sí lo hizo mi tío Álvaro, que se vio aquejado por el mismo problema cuando nació, y al que enterraron en su mantita de cuna porque no le había dado tiempo a vestir nada más. De él ni siquiera tenemos fotos. Pero el caso es que mi tío Antonio sí pudo recuperarse y, cuando despertó de aquel sueño febril que lo había mantenido durante días y noches encadenando sonidos en glosolalia, abrió los ojos como nueces arrugadas y pronunció una sola palabra: no.

Se quedó así, lastrado de por vida. Luego dejó de crecer por fuera, me refiero a cuando se ahorcó. Es verdad que siguió viviendo en el árbol y luego encima de mis hombros, pero su forma se mantuvo igual para siempre, como el muñeco de un titiritero. Lo importante es que no acabó de crecer del todo en aquella tierra miserable y eso lo salvó de parecerse a ellos. Cuando estaba vivo, los vecinos se disputaban su presencia como si estuvieran delante de un santo y le pedían favores de todo tipo. Dicen que el tullido, el loco y el idiota están más cerca de Dios, eso lo sabían los del pueblo y lo repetían como histéricos con nervios de rata cuando mi tío Antonio se arrebujaba en las faldas de mi abuela intentando evitar que las doñas y los maridos volvieran a pedirle que el niño santo frotara sus manos contra sus piernas rotas, que acariciara sus vientres estreñidos, que escupiera en sus bocas negras llenas de hongos, soplara dulcemente en sus oídos perforados, hurgara entre sus dientes podridos o apoyara la frente ardiente en sus entrepiernas frígidas, en el regazo de sus miembros impotentes. El

Señor obra a través de los tullidos, los locos y los idiotas porque la fortuna los atraviesa sin poder quedarse; solo el que no puede salvarse puede salvar a otros, exhausto de su propia fe. Para qué iban a querer salud si habían demostrado a los demás poder vivir sin ella, para qué iban a querer amor si no lo merecían, para qué iban a querer fortuna si no tenían futuro por delante.

3

En las profundidades del bosque, al lado de tres encinas gemelas, hay un árbol ya seco que no da frutos y no tiene hojas: allí fue donde mi tío se ahorcó. Mi padre repetía esa historia cada vez que viajábamos al pueblo de mi madre. Solía contarnos que su familia era problemática, hacía hincapié en su falta de educación y en su pobreza, lo que parecía ser el origen de la disfunción. Lo veía disfrutar con aquellos relatos truculentos: los desmenuzaba poco a poco en la boca, saboreándolos durante unos segundos y, a continuación, les concedía el consabido protagonismo con una especie de silbido excitado. Me los contaba sobre todo a mí, a quien confería una suerte de inclinación por los asuntos escabrosos. Cuando mamá no estaba atenta, en voz muy bajita, papá me susurraba al oído y señalaba con el dedo, un poco agachado, el objeto de su historia.

El árbol está escondido en lo más profundo del bosque. Para poder divisarlo a lo lejos, uno tiene que subir hasta el punto más alto del cerro o situarse en la carretera que da entrada a la villa. Cuando era muy pequeña, papá me contó que el hermano de mamá se había suicidado cuando era prácticamente un niño. Era un crío idiota, murmuraba. Muy sensible: le dolían las palabras. Yo lo imagino trepando al árbol, sujetando una cuerda con los dientes, las piernas y los brazos lampiños, la nuez hundida, las mejillas llenas..., alcanzar una rama lo bastante alta, agacharse, hacer un nudo dogal —si es que no lo llevaba hecho de casa— y saltar, o dejarse caer.

A veces, mi madre abre el cajón de su cómoda, donde guarda los álbumes de fotos, y saca un recorte en blanco y negro, es la única imagen que todavía conserva. Lo mira distraída, como sin querer darle importancia, y unos segundos después lo vuelve a colocar con mimo, escondido entre las páginas de aquellos cuadernos. Sé que el niño era idiota porque lo vi escrito en su ficha escolar. Cuando mamá se iba a comprar, entraba a su dormitorio y buscaba cualquier objeto que pudiera saciar mi curiosidad. Además de las fotos, en aquel cajón había cartas y paquetes de distintos tamaños cuidadosamente envueltos. Con paciencia, los abría uno a uno y luego procuraba dejarlos cerrados de la misma forma en que los había encontrado. Encontré informes médicos, fotografías antiguas que por algún motivo no estaban pegadas en los álbumes, cartas de viejas amigas de mi madre... Y, entre todo aquello, un sobre sellado con el distintivo escolar del pueblo donde nació. Allí figuraba el nombre de su hermano, su edad, el curso en el que estaba —sexto de EGB— y una lista de asignaturas calificadas con un «muy deficiente». Había también una nota garabateada por su profesor, en la que se insistía, con una mezcla de condescendencia y desdén, en la necesidad de que asistiera «a un refuerzo especial». Hacía alusión, también, a las relaciones que establecía su alumno, que adolecía de ser, siempre a su juicio, «inadecuadamente efusivo» y «excesivo en sus afectos».

Cuando alguien menciona su nombre, todos guardamos un silencio solemne y respetuoso. Las mujeres entornan los ojos y los hombres hacen repiquetear los dedos encima de sus rodillas. Rara vez evocamos su imagen, que aparece cuando los acontecimientos de los que hablamos lindan peligrosamente con la época de su muerte. Todos desvían la mirada y yo me quedo mirando fijamente al Cristo colgado en la pared, que se me parece al chico de la foto. Da la sensación de que la cabeza agachada se levanta y me interroga desde lo alto, su rostro es enjuto y moreno: no dejes de mirarme. Aseguran los últimos que lo vieron que, estando colgado del árbol, aún se movía, que pataleaba. Hacía aspavientos de desesperación. Pero el acto de contrición se le agotaba en las vías cada vez más finas, en los globos hinchados. Cuando uno desea morir, lo que quiere es morir un tiempo... y luego volver. Quiere la

muerte de algo muy concreto, de una parcela perfectamente delimitada. Y después, desde la contemplación de una forma depurada de uno mismo, regresar a la vida. Incluso el idiota le teme a la muerte.

Quizá por eso nunca se fue del todo, por miedo a desaparecer de nuestros recuerdos o sumarse a esos otros que acababan por ser siempre los mismos, un torbellino de oscuridad que nadie quería reconocer. Tampoco sé por qué bajó del árbol del que colgaba como una piñata de feria y se montó en mis hombros, por qué aprendió a hacerlo y llegar adondequiera que yo estuviese. No logro recordar la primera vez que ocurrió, pero sí sé que fue algo paulatino, con el pasar de los años. Una rabia que no reconozco acumulándose dentro de mí, el impulso seco, tirante, de la cuerda. Sus pies flotando, a unos metros por encima del suelo, y a unos centímetros por encima de mis hombros.

* * *

No vayas al pueblo, dice mi padre. No vayas porque la casa está hecha pedazos, la puerta no cierra, el agua no hierve. Es verdad que hay luz, sí, pero poca. Y, además, qué vas a hacer allí sola, si el único que sube es tu tío el Manolo. Él solo va abajo, a la granja, allí guarda a las ovejas y lo tiene todo empantanado. No queda nada que ver, no vayas.

Lo escucho quejarse mientras meto un poco de ropa y algunos libros en la maleta. Él está en el jardín trasero y desde la ventana abierta de mi cuarto puedo oírlo con claridad. Lo dice sentado en una de esas sillas de plástico blancas, idénticas a las que sacábamos en el pueblo en verano para sentarnos al fresco de noche. Mientras toda la familia arrastraba sillas para reunirnos en círculo, él se mantenía distante, apartado. Al fin y al cabo, se casó con mi madre, pero nunca se sintió uno de nosotros. Para cuando habían transcurrido una o dos horas, nuestra charla le había aburrido tanto que había trasladado la silla al borde del cerro. Decía que esperaba la llegada de los extraterrestres, que las noches despejadas eran ideales para los avistamientos. Se quedaba allí hasta la madrugada y

a veces amanecía con la cabeza torcida, recostada sobre el regazo. Me asustaba verlo así, como un bulto inánime. La barbilla clavada en el pecho, la calva reluciente como un casco espacial. Pero cuando me acercaba se despertaba casi al instante, carraspeaba y volvía a erguirse, sacudiéndose el sueño.

A los extraterrestres no llegó a verlos nunca, a lo sumo algunos destellos o volutas de luz que podían haber sido satélites o aviones lejanos. Lo que sí vio a los pies de su cama, cada mañana de sus seis años, fue al hombre, a la mujer y al bebé de esta en brazos. Yo creo que son el Niño Jesús con María y José. Lo sé por sus ropas antiguas, por los tonos color tierra de sus telas. Debajo de los hábitos, explicaba excitado, la Virgen llevaba un vestido azul de color botella y el hombre un casquillo como de judío. Los veía al despertarme todos los días. Me miraban sonriendo sin decir ni una sola palabra y se quedaban allí hasta que desde el otro lado de la puerta mi madre me llamaba para que fuera a la escuela. Luego desaparecían. No parecía que quisieran ver a nadie más. Pasaba tanto miedo que me tapaba la cabeza con la colcha mientras esperaba a que se fueran. Me arrebujaba allí dentro y me cubría la cara con las manos para no entrever su silueta a través de las sábanas. Evitaba cualquier hueco por donde pudiera colarse la visión de sus sonrisas congeladas, sus figuras inmóviles como en una fotografía.

Yo le insinuaba que podían haber sido un reflejo producto de la luz, y así hubiera preferido creerlo él, pero el brillo ceroso de su piel y el cabello movido por el aire los delataba. Estaban allí, asegura, aunque no llegué a verles nunca los pies. No supe si tenían pies como los nuestros, apoyados en el suelo, o si flotaban a algunos centímetros. Sé que la madre sostenía al niño, que tenía los ojos negros muy juntos y que era moreno como ella. El padre era rubio y la cogía de la cintura. Se mantuvieron allí un año entero y luego dejaron de aparecer.

* * *

Mi padre cuenta demasiadas historias, también las que no le pertenecen; sobre todo las de mi madre y su familia, que son sus favoritas. Mamá es muy reservada y acepta que para esos chismorreos ya está él. Hay un relato de su infancia que mi padre explica cada vez que hay invitados y tenemos que abrir la mesa extensible del comedor. Sucede así: la conversación va cambiando de un punto a otro, frívola e indiferente, masticamos, tragamos, levantamos la mirada unos segundos, fingimos que existe un intercambio, que sopesamos la vida del otro por un instante. Hasta que, en algún punto, él toma la palabra: desde que tuve uso de razón había un caballo en mi casa; era inteligente y dócil, por lo que empecé a enseñarle algunas cosas a pesar de que era de labranza. Aprendió a trotar y a morder, aunque solo mordía cuando yo se lo ordenaba. En casa también había vacas, las llevaba al prado montado en el caballo y, si les picaba la mosca borriquera, me subía encima de ellas y las mantenía a raya. Era el mejor ayudante que había. Una tarde, paré cerca de donde jugaban unos chicos mayores, que empezaron a reírse de mí y a ponerme motes. Me cansé, cogí una piedra y, como tenía buena puntería, le arreé a uno en la cabeza y salió llorando hacia su casa. Lo había descalabrado. Al día siguiente bien temprano llevé al ganado a comer. Iba montado en el caballo, pero hacía tanto frío que me agaché para abrazarle el lomo. En la entrada del prado, el padre del chico me estaba esperando. Cuando llegué a su altura se encaró conmigo y me pidió que me detuviera. Alzó la mano como para golpearme y, aunque llevaba al caballo cogido del ramal, se me soltó y se puso de manillas, relinchando como esos caballos del circo. El tío se asustó tanto que reculó y el animal fue a darle con las patas delanteras. No podía sujetarlo, así que me bajé y lo acaricié. Entonces se tranquilizó y nos fuimos al campo. Aquella vez pasó todo el día pegado a mi lado y no volví a ver a aquel hombre.

¿Y qué pasó con el caballo?, preguntaba alguien. Lo vendimos, decía él, y entonces callaba.

* * *

Mi padre cuenta en cada comida, cuando bebe y los ojos se le humedecen, la historia del caballo. La gente suele reírse de él y yo también me uno a las burlas, porque alguien que siempre explica lo mismo solo puede ser una persona ridícula. Como esa vez que un árbol cayó al lado de nuestro coche, que estaba aparcado a las afueras de un restaurante, y se pasó hablando de aquello toda la tarde, también en el trayecto de vuelta, cuando nos fuimos. Siguió hablando del tema hasta que se hizo de noche y tuvo que encender los faros delanteros, y repetía a cada rato las mismas frases: podría haber caído en el coche, podría habernos aplastado. En aquella ocasión también nos reímos y al final fue callándose poco a poco, apagando su voz paulatinamente hasta que la radio del coche tomó su relevo.

Pero la historia del caballo no se apagó nunca. Y yo, que era una niña, sabía que, cuando estaba borracho, él mismo se preguntaba si era una buena persona, y entonces se acordaba del caballo. Un caballo que lo quería, como yo nunca lo quise o mi madre nunca lo quiso, o incluso nadie lo quiso. Sin embargo, ese caballo sí, y eso debía de significar que en el fondo no era una mala persona, que había una pequeña luz dentro de él, atrapada en ese niño de doce años, bajito, delgado, con los mismos labios y los mismos ojos que me miran cada mañana en el espejo.

* * *

Al cumplir los dieciséis años, le contaré a mi padre que he encontrado una página en internet donde venden fragmentos de meteorito. Le prometeré que cuando tenga dinero suficiente le compraré uno para que pueda guardarlo en su cobertizo, al lado de las estampas de santos, las cruces de madera y las jaulas llenas de pájaros. Será como tener algo que ha estado en el espacio exterior, le diré. Extraterrestre de verdad. Se lo explicaré entusiasmada y muy segura de mí misma, pero nunca llegaré a hacerlo, ocupada y distraída por mis propios problemas. La última vez que hablaré con él por teléfono, al cabo de algunos años, me dirá que ha encontrado una piedra en el bosque que debe de ser alienígena, porque nadie

es capaz de identificar qué tipo de roca es y me suplicará que vaya a verla. No parece de este mundo, asegurará entusiasmado. Tienes que venir. Pero no encontraré un hueco y los días pasarán, y también los años. Y cuando vaya a su casa a recoger sus cosas y meterlas en cajas, no encontraré nada, salvo un pedazo de tierra y de gravilla, nada real o que merezca la pena, igual a todas las mentiras que me contaba. Será un 17 de enero. En San Antón, patrón de los animales.

* * *

De los cuatro a los doce años, más o menos, sufrí de hemorragias nasales a menudo. Tenía las venas de la nariz muy sensibles (fragilidad capilar, creo que se llama). Recibí un golpe muy fuerte y contundente en la cara mientras gateaba por el pasillo. Papá y mamá estaban cenando y yo me dirigía a mi habitación. Mi hermana, que caminaba detrás de mí, se acercó y, agarrándome fuerte por la nuca (sus manos introduciéndose en mi cabello), descargó con toda su fuerza de niña gorda mi cabeza contra el suelo. Y luego, ¡zas!, se había esfumado. Lo siguiente que recuerdo es a papá sosteniéndome la cabeza (otra vez) encima de la bañera, que iba salpicándose de sangre: gota sobre gota, sobre gota...

Estaba aterrorizada y lloraba muchísimo; apretaba fuerte con las manos mi cadenita de oro con la Virgen, que se me escapaba y repicaba contra la superficie de la bañera. Un blanco purísimo debajo de mí y hasta donde me alcanzaba la vista. Pero mi sangre se derramaba, se vertía rápidamente y ensuciaba aquella albura que por impávida me parecía aterradora. No quiero morir, Niño Jesús, no quiero morir. Creía estar agonizando, y no porque sintiese especial dolor —la adrenalina lo había suprimido por completo—, sino porque veía probada ante mis ojos la inconsistencia de mi propia naturaleza. A mis cuatro años, me daba cuenta por primera vez del cuerpo que habitaba, nada más que un conglomerado blandengue de piel y huesos. No había Ser, no había Alma, no había Espíritu. Carne tierna y horadable tan solo. Veía mi causalidad reflejada en aquel mármol y, detrás de mí, agazapada y con una boca temblorosa que escondía

una sonrisa vacilante, dubitativa, la otra verdad horrible de la vida, de mi vida.

Y entonces ella desapareció del cuadro. Papá la arrastró de los pelos y la tiró al suelo del comedor. Allí la golpeó una y otra vez, de forma rítmica. Me llegaron sus gritos y sus lloros mientras aseguraba que ella no había sido, que yo me había resbalado o me había tropezado sola. Pero él no escuchaba o no podía oírla. Solo gritaba que éramos una estirpe asquerosa, que ese pueblo estaba lleno de cabrones analfabetos y no iba a volver a conducir hasta allí. Le reventó la cabeza a patadas y le hundió el pecho de un puñetazo, como si fuera un acordeón: un golpe seco que no produjo ningún tipo de música.

Ahora, veintisiete años más tarde, aunque no nos hablamos, a ambas nos encantan las películas de terror y los casos de true crime que ponen en la tele o en los servicios de streaming. Es la única pasión que todavía compartimos, la que nos recuerda que alguna vez fuimos hermanas. Cuando vemos lo que les sucede a algunas de las protagonistas de esos relatos tan espantosos, coincidimos al pensar que nos gustaría ser una de ellas. No para convertirnos en un objeto de deseo o porque queramos ser bellas para el horror, útiles para el imaginario del miedo (esto es lo que yo diría), sino para abrazarnos. Nos imaginamos, juntas, dentro de una maleta. Desmembradas. Besando quizá nuestros pies, los talones de mi hermana por encima de mis piernas. Sujetándome la cabeza entre sus manos, la suya al lado, en el regazo: un cesto de bienvenida para papá.

4

Como si hubieran segado algo más que la mies, el amarillo quemado de los rastrojos se extiende por encima de los cultivos, invade los senderos cercanos y borra el camino trazado por nuestro paso, el que conduce a la casa. Aunque la acequia todavía lleva agua, cuando recorro la senda el pasto cruje bajo mis botas. El canal pasa

por detrás de la granja, rodea la casa de arriba, sube por la pendiente del cerro y se pierde en el bosque. No hay ningún tramo roto y el embalse carece de fugas: la sequedad de la finca es culpa del abandono.

Cuando mis abuelos murieron, la casa pasó a ser un destino vacacional apenas visitado. Nadie quiere venir aquí a excepción de mi tío Manolo, que vive en el pueblo y guarda a sus animales abajo, en la granja. Mi madre y sus hermanos tuvieron que poner a la venta nada más que la casita, porque, aunque mi tío no tenía la propiedad de la granja, amenazó con matar a cualquiera que se atreviera a quitarle el corral. Por eso no fueron especialmente exigentes con el precio. Cuando les preguntaban a mi madre o a sus hermanos por cuánto la vendían, respondían mientras se encogían de hombros con indiferencia que lo que les dieran ya estaba bien. Lo que querían era deshacerse de ella y no tener que lidiar con el bestia de Manolo. Era un estorbo que los obligaba a acudir al pueblo con demasiada frecuencia, pagar las facturas, actualizar los permisos, limpiar los cacharros o sacudir las mantas perfectamente dobladas. Impoluta en la superficie y lista para la vida, pero con una estructura seca como un hueso de melocotón. Dejaron que envejeciera y disimularon mientras tanto su aspecto, para que la propia casa no se asustara. Como entrar en un organismo a pulir las entrañas: tensar los ligamentos, bruñir el cáncer de la superficie, dejarlo resplandeciente y, sin embargo, no cortarlo del cuerpo.

La casa es pequeña. Tiene un solo piso, un comedor que también es cocina, el lavabo y tres habitaciones en el lado oeste, dispuestas en fila como aulas en una escuela. No hay postigos en las ventanas, solo barrotes de metal, pero nunca temimos por los ladrones porque, aun si se rompieran los cristales, ni siquiera un cuerpecito pequeño podría entrar o salir. Los barrotes están huecos por dentro y, en verano, las abejas los llenan de nidos como si fueran celdillas de miel. Cuando era pequeña, metía los dedos para probarme a mí misma que no tenía miedo de las abejas. El terror se me almacenaba en la nuca y pasaba como una corriente del hombro al brazo y llegaba hasta el dedo índice como una chispa. En ese momento, lo quitaba veloz, temerosa del picotazo. Me quedaba

mirando las ventanas que flanqueaban la puerta principal como si fueran los ojos de la casa y, poniéndome dos tenedores delante de la cara, les sacaba la lengua: yo también te observo a través de las rendijas.

Al cruzar el umbral, uno espera alguna suerte de acontecimiento. Un empujón o un tirón de cabello, algún gesto que nos releve del peso que llevamos encima o nos entierre con él para siempre. Pero a veces uno abre la puerta y no ocurre nada. A veces una vivienda no nos conoce o ha pasado demasiado tiempo dormida. Yo he traspasado el umbral en tantas ocasiones que no tiene nada más que decirme, creo que se ha aburrido de mí. La última vez fue hace dos años, cuando una ambulancia me devolvió al portal de mi edificio, despreciando mi recurrente intento de matarme. La manga se me enganchó en la persiana de madera al atravesar la puerta de la terraza y pude ver que allí, en el extremo de uno de los listones, se había quedado prendido el dije en forma de cruz que llevaba colgado de la muñeca. Esa vez el umbral no se encontraba en la puerta de entrada, sino en el último piso, en la terraza que conectaba con el tejado, adonde me subía cuando quería contemplar la ciudad. Los edificios amontonados del barrio no permitían que me situara lo bastante lejos para evitar inundar los contornos de la mirada. Es preciso dejar un resquicio que nos proporcione amplitud, que permita observar los objetos, las personas o los espacios de tu elección como puntos en una hoja de papel y, en la distancia, mirando rápidamente de un punto a otro, conferirles la velocidad necesaria para transformarlos en una línea, en una mecha que prenda el sentido.

Piso los tablones de madera que recubren el suelo y dejo el equipaje en la mesa de la cocina, estoy demasiado cansada para deshacerlo. Alguien dijo una vez que las cocinas son las habitaciones en las que uno llega a pensar con más detenimiento sobre su vida. Me lo imagino mirando el plato vacío que tiene delante o los restos de comida que luego barremos con la mano y tiramos a la basura. Lavando los cacharros después, en silencio, o dejándolos secar en el escurreplatos de plástico. Miro hacia el fregadero y veo que el escurridor todavía está ahí. Seguramente con los mismos cubiertos y

la misma vajilla, mil veces lavada y almacenada después. Recuerdo con claridad que de allí cogí el cuchillo aún mojado que blandiría contra mi tío Manolo después de que intentara pegarme cuando yo tenía once años. Se había pasado toda la tarde observándome, fijándose en los cuadernos que llenaba de dibujos y de símbolos extraños o espiando las historias de mis libros. Descansaba la barbilla de lija sobre la mano derecha, fingiendo que veía la tele. Pero yo era más interesante para él. Me habían dejado bajo su vigilancia a pesar de que era él quien había estado vigilado durante cuatro años en el penal de Motril por haber tocado a la hija de la vecina.

Ese día fue el primero que recuerdo el peso de Antonio en mis hombros, aunque lo más probable es que se hubiera subido allí varias veces o al menos lo hubiera intentado. El niño bajó del Milate, del árbol en que dormía, y entró por la puerta con la furia de sus perpetuos dieciséis años. Y, entonces, la rabia: mi mano izquierda apoyada en la encimera de color blanco, de espaldas, la derecha rebuscando en el escurreplatos. Los dedos cerrándose, al fin, alrededor del mango del cuchillo grande, el de cortar la cabeza a las gallinas que hacíamos en caldo. Y una tercera mano, que no era mía, sino de Antonio, sosteniéndome el brazo y apuntando desde mi corazón al estómago de mi tío. Ahora no apartes la mirada.

Antes de que me diera tiempo a hacer nada más, mi padre entró por la puerta de la cocina y nos vio. Su cara se encendió rápido como una tea, apretó los puños a los costados de las piernas y me llamó para que acudiera a su lado. Los hombres se miraron, un reconocimiento íntimo al que yo no podía pertenecer, y salieron juntos de la habitación hacia el bosque.

Segunda parte
Linfa

5

Pasé los primeros tres meses de preescolar castigada de cara a la pared. Mis padres no me habían apuntado a la guardería y ese iba a suponer mi primer contacto con personas desconocidas. Hasta esa edad, solo me había relacionado con mi familia. Tal y como recuerdo, el primer día de clase, cuando supe que sería abandonada allí durante ocho horas con aquellos niños y adultos a los que nunca había visto, me puse a llorar y no pude parar de hacerlo. No recibí consuelo alguno. La profesora, que era rubia y llevaba gafas, me gritó furiosa porque no dejaba que su voz se escuchara por encima de mis lloros y decidió enviarme castigada a la clase de al lado. Debía quedarme de pie, de espaldas a los otros niños, observando el corcho que habían decorado con dibujos y fotos de la infancia. Solo tendría permiso para volver cuando dejara de lloriquear. Pero mi llanto era incontrolable. Sollozaba y gimoteaba, entre hipidos, intentando detener la respiración cada vez más agitada, la taquicardia de mi corazón de ciervo. Al cabo de las horas, había agotado las lágrimas porque no me quedaba más agua en el cuerpo y, poco a poco, me fui limitando a sorber los mocos. Entonces, una de mis compañeras avisó a la profesora, que se había olvidado por completo de mí, para que me enviaran de nuevo a mi aula. Al oír sus palabras, su bondad me conmovió tanto que volví a sentir la necesidad de llorar, aunque esa vez no fuera de miedo. La profesora me miró con desdén y resopló con cansancio, y yo sentí que había traicionado a la niña. Así que allí me quedé, forzada a convertirme en corcho, a entender que experimentar dolor o ser demasiado sensible —como me repetirían que lo era una y otra vez durante

toda mi vida— era algo malo que tenía que ocultar. Las semanas fueron pasando hasta que los ojos se me secaron y pude sentarme, se me dio permiso para volver a participar en el mundo.

Eso fue algo que aprendí y que me sirvió hasta que quise dejar de hacerlo, me refiero a participar en el mundo. Mimetizarme con el entorno para que no me señalaran, pasar desapercibida para que las bestias no pudieran olerme y decidieran si merecía la pena atacarme. A pesar de mi esfuerzo por volverme invisible, sé con seguridad que aún desprendía algún que otro aroma, todavía era percibida por un tipo especial de personas, más similares a mí, cuyo dolor se encontraba con el mío de alguna forma que no lograba entender, aunque fingiera delante de ellas que no estaba ahí, que no había ningún espejo en el que reflejarnos.

Recuerdo a aquella niña vieja cuyo cuerpo era el de una mujer de veinticinco años. Sus tetas chocaban con el pupitre mientras a mí ni siquiera me había venido la regla. Apenas acudía a clase y, cuando lo hacía, se dedicaba a dibujar en las hojas de papel que yo le regalaba y a contar cómo le iba con su novio diez años mayor que ella. Nunca llevaba el material, ni lápices ni bolígrafos, tampoco los libros de texto o las lecturas que nos mandaban. Se sentaba a mi lado porque yo fingía no tenerle miedo y me hablaba sin pausa sobre los regalos que su novio le hacía: un ramo de treinta rosas a los treinta días de empezar a salir, una caja de sesenta chocolatinas a los dos meses de seguir juntos. Incluso me enseñó una carta que él le había escrito a mano como prueba de su amor. Yo saqué un bolígrafo rojo y corregí las faltas de ortografía que un adulto de veintidós años había cometido. Los temas de los que trataba la carta eran pueriles. Eso y la mala redacción me tranquilizaron de algún modo, como si ella no corriera un peligro auténtico porque resultaba que su novio era idiota. La carta comenzaba con una retahíla de cosas que el chico había hecho el día que había decidido escribirle, como un testimonio de que su vida seguía existiendo mientras ella no estaba, mientras pasaba su tiempo sentada ahí, conmigo. Luego, sin conexión alguna con la narración de su día a día, le explicaba por qué le gustaba y describía todas las partes de su cuerpo por orden de preferencia.

La niña se aburría con facilidad y se quedaba embelesada mirando los grandes ventanales del aula, el recuadro de vidrio de la puerta de clase o la hoja de acero pulido del sacapuntas, donde me decía que podía ver reflejados lugares ocultos en los que no nos habíamos parado a pensar: solo necesitas una superficie de cristal. A menudo se quedaba observando también los cristales de mis gafas redondas de color rosa, que yo guardaba a cada rato que podía y de mala manera en el estuche que me habían dado mis padres. Se fijó en la pulcritud con la que trataba todas mis pertenencias y el poco aprecio que le tenía a mis gafas. No te quedan tan mal, me dijo, pero si quieres yo te las rompo para que tengan que comprarte otras, resolvió sonriendo. Cuando me hablaba de esa manera le brillaban los ojos como si fuera una loquita de la plaza. Yo tartamudeaba y le daba las gracias por su ayuda, pero no aceptaba. Intentaba ocultar el miedo que le tenía y la dirección que veía reflejarse en la apertura exagerada de sus párpados.

Un día que volví demasiado pronto a clase después de la hora del patio, me encontré a la profesora y a la tutora con los brazos en jarras, contemplando a mi extraña amiga, que amenazaba con tirarse por la ventana. Estaba de pie sobre nuestro pupitre y gritaba algo confuso mientras le caían hilillos de baba por las comisuras. La habían castigado durante el recreo porque no entregaba los deberes ni hacía los exámenes, pero supuse que debían de haber estado discutiendo sobre algo distinto, porque lo que ella respondía no tenía mucho que ver con temas tan ordinarios. De tanto en tanto, aquellas mujeres cambiaban el peso de un pie al otro, descruzaban los brazos y los movían lentamente por encima de las caderas y se miraban las uñas. Sin apenas prestar atención, le repetían con voz monótona, ocultando sus ganas de reírse, que dejara de gritar y se tranquilizara. Ella tenía la cara desfigurada por las lágrimas, arrugada como un balón viejo, como si las marcas en su piel fueran grietas y estuviera a punto de romperse. No lograba conmoverlas o asustarlas, si es que acaso pretendía una de las dos cosas, y yo era incapaz de moverme, paralizada y testigo de lo que ocurría. La vi abrir la ventana corredera de un solo golpe, introducir las piernas en el alféizar, primero las rodillas, el brazo izquierdo extendido y sujeto

a la pared y el derecho al marco, y arrastrarse así, un poco hacia dentro, como si fuera una penitente o una piadosa cubierta de polvo en los últimos metros del camino a Santiago, bajar la cabeza para no golpearse contra la parte superior de la ventana, acomodar las piernas en un ángulo de noventa grados respecto a su tronco, como una muñeca olvidada en una estantería, también llena de polvo, y, en un suspiro —en el instante en que las dos mujeres volvían a bajar la cabeza para observar su manicura mediocre de manos con nudillos ásperos y manchas producidas por el sol—, caer hacia delante como si un dedo invisible hubiera dado un pequeño toquecito a la muñeca Barbie que reposaba en la estantería de nuestra habitación. Cayó con las manos a los costados y la frente adelantada, como si todo el peso lo tuviera dentro de la cabeza.

En la silla vacía que quedó al lado de mi pupitre sentaron a otro chico «con dificultades» (así los llamaban, chicos con dificultades). Los sentaban a mi lado porque así se centraban un poco, eso era lo que me respondía mi tutora cuando me enfadaba por no poder estar nunca al lado de mis amigos o por tener que hacer siempre más, mucho más de lo que se esperaba del resto de los alumnos. El niño nuevo era muy inteligente, compartía dirección de correo electrónico con su padre —lo que significaba que leía todas nuestras conversaciones en Messenger— y tampoco entregaba los trabajos ni estudiaba para los exámenes. Empezó a hacerlo cuando le dije que demostrarles a aquellos que nos odian que seguimos adelante, que tenemos algo dentro de nosotros que no pueden tocar, podía ser una muestra de desprecio aún mayor que renunciar a formar parte del mundo. Se acostumbró a ir conmigo al ciber del barrio y así, como ocurría durante las horas de colegio, comencé a acompañarlo también por las tardes. Nos sentábamos juntos, a veces en la misma silla, y jugábamos al *Counter Strike* y al *Diablo*. Yo lo molestaba continuamente para hacerle reír, le cambiaba su nick en los juegos por cosas ridículas, mezclaba su nombre con denominaciones de animales que me parecían tiernos o le quitaba la mano del ratón para que fallase el disparo y perdiera. Su rigidez se aflojó y empezó a jugar también con otro chico de nuestra clase, que aseguraba ser su amigo, pero lo utilizaba de conejillo de Indias en sus

experimentos de cabrón perturbado. Lo llevó a quemar palomas prendiendo fuego a pañuelos empapados en aceite y a veces lo encerraba en la terraza de su propia casa solo para hacerle creer que su única manera de huir sería saltar por el balcón. Era un amigo más adecuado de lo que podía ser yo, que era una chica, y dejé de verlo por las tardes.

Un día que estaba enfadada le dije que la única razón por la que nos sentábamos juntos era porque él era medio rarito y necesitaba acompañamiento. Entonces se alejó para siempre. Suspendió todas las asignaturas y dejó de ir al colegio. Algunos decían que lo habían cambiado a otro o que estudiaba desde casa, porque seguíamos viendo a su padre caminar por la calle Pelayo, donde vivía, pero de él no había ni rastro. Años después, todavía busco su nombre en Google para intentar descubrir dónde está. El número de teléfono de su casa sigue apareciendo junto a su dirección, lo marco, espero a que acabe de sonar el tono de llamada y luego salta el contestador.

Antes de que empezara el instituto, les dio tiempo a sentar a otro chico a mi lado. No le gustaba escuchar música porque el ruido que no se acompañaba de imágenes le molestaba. Tenía media hora extra al hacer los exámenes porque se había quedado un poco lento por una medicación que había tomado de pequeño. Era muy alto y delgado, pálido, y tenía siempre una sonrisa apacible dibujada en su cara. Me invitó a merendar y pasé la tarde en su habitación, sentada en su cama, contemplando la lámpara de lava que tenía en la mesita de noche, que era el único mueble que había además de la cama y el armario. Las formas de colores dentro de la lámpara crecían y disminuían en su camino alrededor del tanque de vidrio y él acompañaba cada una de las formas con un sonido que emitía desde el fondo de la garganta. Nos quedamos así durante toda la tarde, observando la lámpara de lava, y luego yo lo invité a jugar a rol porque pensé que le gustaría narrar los sonidos de los cascos de los caballos, los ruidos de las ratas en las paredes, el viento rompiéndose al ser atravesado por nuestras flechas inventadas sobre el papel.

Sentados en la mesa de carpintería del máster de nuestras partidas, que utilizaba el local comercial de su padre como sala de

juegos, aquel niño hizo crecer la hierba a nuestro alrededor. Oímos su murmullo en el fondo de nuestros oídos, las hebras verde oscuro rozando las palmas de nuestras manos, vueltas sobre la tabla de madera. El sol salía y se ocultaba detrás de nuestra nuca, dibujaba sombras encima de nuestros labios y en el hueco que hay detrás de las aletas de la nariz y aquel niño lento hacía surgir un mundo en el que nos aventurábamos tranquilamente, como si floreciera después de un invierno especialmente largo.

El profesor de Lengua nos encargó escribir un pequeño texto sobre nuestro animal favorito y, mientras todos hablaban de sus mascotas o de los animales que habían visto en el zoo o en las películas de moda, él nos recitó un poema en el idioma de las mantis religiosas, que luego nos tradujo con voz grave: nos cantó sobre el origen de su pueblo, sobre insectos altivos y espigados que se vanagloriaban de poder mirar directamente al sol porque su amplia visión periférica les permitía observar lo que otros insectos, vueltos de cara a la tierra por culpa de su enorme y pesado caparazón, no podían ver. Subido al atrio del salón, leyó en su libreta de cuadrícula el poema que había escrito, con los brazos arqueados sobre el cuaderno que sujetaba por los dos lados. Adoraban al sol como a un dios y, si el fuego de sus rayos les chamuscaba las retinas, tenían miríadas de ojos por quemar. Sus cosechas eran fértiles porque las lluvias eran copiosas y el favor del sol estaba de su parte, su pueblo prosperaba. El cielo esté con nosotros, se decían mutuamente unas a otras cuando cruzaban sus caminos de vuelta al hogar. Y era cierto que lo hacía, pero a causa de mimar demasiado a unos hijos en favor de otros, demasiados insectos fueron descuidados. Escarabajos verdes y azules y mariquitas polca vieron escasear sus propias cosechas y, como no podían levantar la cabeza del suelo debido a sus cáscaras quitinosas, le pidieron al sol reflejado en los charcos que también bendijera sus cosechas. Cuando el astro respondió a sus ruegos, las mantis entraron en cólera, celosas de ver que sus dones podían ser igualados por el resto de los seres que poblaban la Tierra. Se montaron encima del caparazón de los escarabajos y de las mariquitas y con los brazos aferraron sus cabezas. Las arrancaron y las volvieron de cara al sol, un triunfo que sostenían

con un hilo de linfa todavía conectado al cuerpo. El sol reprobó el pecado cometido por las mantis y cayó sobre las hembras de la especie. Se introdujo en sus retinas, las cegó y las inundó de visiones engañosas, haciéndoles creer que todas las parejas que amaran en adelante serían los insectos a los que habían asesinado. Su pueblo prosperaba al mismo tiempo que moría una y otra vez y, de tanto suplicar un perdón que no llegaba, sus patas delanteras se quedaron fijas en la misma posición, adquiriendo así el segundo nombre que llevan ahora. Permanecimos callados durante unos segundos mientras él se bajaba del atrio con parsimonia y volvía a sentarse en la silla, sus manos blancas como la cera recogidas sobre el regazo.

Cuando su madre los abandonó para irse con un extranjero veinte años menor que le vació la cuenta bancaria y la echó a la calle, su padre lo sacó del colegio y lo sentó en el asiento del copiloto de su camión. Recorrieron trayectos larguísimos por las carreteras interestatales del sur de España mientras él imitaba en voz alta el rumor del viento ensordecido por la velocidad, el ruido de los neumáticos al arrancar el motor sobre la gravilla en las estaciones y áreas de servicio, el repiqueteo de los dedos del padre sobre el capó cuando alguna de las mujeres de las rotondas le bajaba los pantalones hasta los tobillos, el clinclinclin de la hebilla metálica del cinturón al desabrocharla para ir a orinar, la estática de la radio durante la noche en que el asfaltado iba perdiéndose de vista, el rasgado de los zarzales dentro de la espesura amarilla y el estruendo del choque que no pudo escuchar pero imaginó con los labios abiertos en una O perfecta porque tenía los tímpanos perforados por el trauma acústico.

Si esto ocurre, uno deja de oír durante unos segundos, unos minutos o puede que para siempre. Hay un silencio que acompaña cada una de las acciones siguientes, pero todavía pueden escribirse: el chasquido de las bisagras en la guantera al abrirse por la presión de las manos blancas del niño, el tintineo de la pila dentro de la linterna que baila porque tiene la estructura de plástico rota, el silbido del claxon presionado hasta que las yemas se ponen rojas, el

golpeteo de la cabeza del padre caída por la ventanilla chocando con el lateral del camión. El sonido del cubo en el pozo.

6

Siempre he sentido un miedo cerval y desconocido a mojarme. Cuando el agua me calaba a través de la ropa, el vientre se me retraía como si encajara un golpazo y el aire me parecía que apenas lograba llenarme los pulmones, que se habían desecado por dentro como dos pasitas de color rosa. Aun ahora, a pesar de los años, todavía experimento esa quemazón que descascarilla capas de piel hasta dejarme como un bastidor de madera. No me ocurre lo mismo cuando me baño o me sumerjo en el mar, quizá porque dejo que el agua me acune o que me recorra hasta que nuestros cuerpos se funden indistinguibles; no me asusta ni me asustaba la inmensidad.

En el verano que siguió a mi graduación en primaria, me ahogué en una playa desierta. Habíamos cogido el coche para ir a bañarnos en una caleta próxima al pueblo, pero las mareas altas habían provocado que las autoridades cerraran la playa. Dejamos el coche en el aparcamiento de uno de los chiringuitos de alrededor y nos conformamos con tomar el sol recostados sobre las hamacas de plástico. Cuando todos se quedaron dormidos, me levanté y me acerqué a la orilla, donde ondeaba una de las banderas rojas que habían colocado para alertarnos. El cielo se llenó de nubes oscuras, pero yo seguí hacia delante atravesando las sombras que se reflejaban en el agua. Me interné con arrogancia en lo más profundo del océano, las manos me colgaban sobre las caderas y el sol me picaba en la parte baja de la espalda. Las olas me arrastraron cada vez más adentro y dejé de tocar con los pies aquella arena finísima y negra por la lava caliente. Empecé a ahogarme en cuestión de minutos, pero me mantenía extrañamente serena: cada pocos segundos, me daba impulso con las piernas y los brazos, sacaba la cabeza para coger aire y volvía a hundirme como un bulto muerto en el líquido cristalino. Era un pececito naranja dentro de una bolsa de

plástico sostenida por alguien al que no podía ver. Al rato, un bañista asustado alertó a las autoridades y un socorrista moreno me depositó con delicadeza en la orilla. Tenía algas en el pelo enredado y arena dentro del bañador.

* * *

El primer día en el instituto, como para conocernos, unas cuantas niñas sugirieron que podíamos quedar todas juntas al salir de clase. Veníamos de colegios distintos y nos habían separado en los cinco grupos que componían el curso, por lo que nos vimos obligadas a iniciar nuevas amistades. Aquella semana los vientos del este habían alcanzado una velocidad superior a los noventa kilómetros por hora, lo que a su vez había levantado olas de hasta cinco metros. No paró de llover durante varios días, así que decidimos reunirnos en casa de alguno de nuestros padres. Teníamos a la anfitriona perfecta: una compañera se estaba mudando y la antigua vivienda, de la que todavía conservaba las llaves, estaba completamente vacía, sola para nosotras.

Los muebles que no habían decidido llevarse estaban cubiertos con mantas viejas y apolilladas, y encima de los cajones habían olvidado antiguos y extraños objetos de latón. La luz estaba cortada y el polvo empezaba a acumularse en el suelo, las paredes y las cortinas raídas. No había sillas ni sofás, así que nos abalanzamos sobre una alfombra del salón. Nos sentamos en círculo, como lo hacemos siempre las niñas. Es como si no conociéramos otro modo de organizarnos: dibujamos con una ramita, en el barro, un redondel en el que nos recogemos dentro, o hacemos un corro y jugamos a las palmas mientras cantamos canciones en las que nos matan y luego nos comen o nos susurramos al oído mensajes que sufren extrañas modificaciones al salir de los labios de la compañera de al lado. Cantamos y celebramos con alegría y jolgorio infantil la serie de horrores que nos esperan, como en ese libro de un escritor japonés en el que unos niños son criados como animales en granjas para utilizar sus órganos en trasplantes y el terror de lo que pasa realmente con ellos no se menciona directamente, sino que surge a través de sus dibujos, sus chistes o juegos en su tiempo libre. No me pareció tan impactante, al menos para nosotras. Pero los círculos sí

que me gustan. Me recuerdan que todo vuelve a nacer o que nada muere porque al final es eterno en las múltiples formas que llega a adoptar, una idea simplona a la que recurro de vez en cuando y que me da cierta calma cuando me hago consciente del paso del tiempo.

El corro que hicimos en esa casa volvió a despertarme un recuerdo: el cubo lleno de barbos que papá había pescado en el embalse del pueblo. El barreño era hondo pero demasiado estrecho para los peces, que se quedaron encajonados con la boca hacia arriba, como apoyándose en unos pies diminutos, invisibles. Mi hermana me avisó cuando papá llegó con ellos a casa: papá ha dejado en el huerto un cubo lleno de peces. Me condujo hasta allí y me enseñó lo que hacía. Llevaba en las manos un paquete de sal gorda de la despensa, que había cogido a escondidas de nuestros padres. Echó un buen puñado en el agua y observó entre risas los movimientos desesperados de los animales, que abrían y cerraban las branquias gelatinosas en un intento por respirar. El balde era angosto y el oxígeno se agotaba, los vi retorcerse y dar pequeños saltitos hacia la superficie, como si fueran cangrejos hirviendo en una olla a presión. Mientras tanto, mi hermana bailaba en círculos alrededor suyo, desprendiendo un olor a cobre y a genitales. Inventó un juego en el que los castigaba porque se movían mucho, o porque parecían escaparse, o porque le rozaban la mano cuando intentaba moverlos y el tacto viscoso le repugnaba. Se portan mal, hay que castigarlos, decía. Y volvía a echarles sal o le daba patadas al cubo. Poco a poco, los peces dejaron de moverse. Se quedaron mirando al cielo con aquellos ojos húmedos y llorosos y la sal me pareció nieve sobre sus escamas plateadas. Nieve salada que purificó esos ojos como la jalea, ojos que mantuvieron siempre abiertos, como la boca.

A la hora de la cena, mamá cocinó el pescado y papá se quejó del sabor. Los peces eran incomestibles, de tan salados. Imposibles de digerir. Escupimos su carne blanquísima y tiramos los restos a la basura, y yo lloré un poquito en el borde de aquel otro cubo, porque se habían portado tan mal que ni siquiera habían muerto por algo. Levanté la tapa para mirarlos de cerca, pero ya no tenían cabeza y no los reconocí. Antes de sazonarlos y de freírlos en la sartén, mamá les había vaciado los ojos con un cuchillo de punta roma y los había

desechado junto a las demás vísceras. Los ojos no se devoran porque conservan en la retina la última imagen que han contemplado, decía la abuela. Si comes muchos, las pesadillas no te dejan dormir. Por el contrario, cuando masticas una cabeza sin ojos, o un cuerpo que no tiene cabeza, engulles una oscuridad enorme. No tragas nada más que oscuridad. Un torrente de agua sucia y limosa irrumpe hacia dentro por tu garganta y, aunque es ciega y no ve, se choca con las paredes que recubren tus órganos y les deja un brillo pringoso que luego cuesta rascar.

* * *

Éramos nueve niñas las que fuimos a aquella casa. Al principio, agarrándonos las rodillas con las dos manos, hablamos de las clases, de los profesores y del cambio que para nosotras había supuesto comenzar el instituto. La educación secundaria nos parecía el inicio de algo insólito y luminoso, una promesa de una aventura desconocida que hacía pareja con nuestro extraño y renovado interés hacia los chicos, a los que ya no veíamos tan antipáticos y diferentes a nosotras. Empezamos a maquinar formas de llamar su atención. De asustarlos. Pensamos en enviarles cartas cuyas frases estuvieran compuestas por los recortes de nuestras revistas de adolescentes: letras de tipografías llamativas y coloridas. El año anterior, en el colegio, yo había liderado una de las bromas pesadas que nos había costado quedarnos castigadas en clase los últimos recreos antes del verano. A última hora de la tarde, escribimos con tiza blanca mensajes amenazantes en la pizarra: augurios de muerte y visiones del fin de los tiempos. Al día siguiente, la profesora contempló horrorizada la fechoría y con un truco viejo que ahora conozco nos sonsacó quién había sido el artífice, que asumió masculino. Pero habíamos sido nosotras. Así se lo dije cuando confesé: lo hicimos las chicas. Ella compuso un rictus de odio, pero su mirada no pudo atravesarme. Se quedó en un ángulo imposible, en la membrana de mis globos oculares, de mi pupila negra, negra, negra, que la miraba, desafiante, con vergüenza y algo más. Teníamos una urgencia, un prurito dentro de nuestros corazones tan

jóvenes, tan candorosos, de asustar, de imbuir las mentes de esos niños que no nos temían de puro terror. Queríamos parecerles salvajes, temibles, también queríamos ser ese lobo que espera en el bosque cuando los niños se pierden en él.

Finalmente, aquella tarde en la casa vacía nos decidimos a enviar cartas con mensajes que revelasen alguna verdad. Algún secreto suyo, algún dato familiar que los hiciese desconfiar entre ellos, que los mantuviese alerta, en peligro. Nos parecía todo tan divertido y perverso que estallamos en carcajadas con la risa cantarina de la infancia, la que no se agota y resuena en un trino estridente que llega hasta arriba. Mis compañeras saltaban y se estremecían cada una desde su sitio, la risa les arrancaba espasmos que sofocaban en los brazos de la niña que tenían al lado. Poco a poco, a mi alrededor las carcajadas se transformaron en suspiros, gemidos bajitos que sonaban como balidos de ovejas, y los abrazos en besos y cuando me quise dar cuenta se habían levantado la falda por encima de las rodillas y se balanceaban arriba y abajo unas encima de otras, como cuando nos sentábamos de dos en dos en los columpios porque ya no quedaba otro libre. Yo lloraba de nuevo, como el día en que mi padre llevó los barbos a casa. Las niñas se retorcían y abrían y cerraban la boca húmeda, su lengua se movía de lado a lado dentro de la boca de las demás. Se parecían a los barbos, pero también eran sardinas, truchas, esturiones. Pensaba: se están portando mal, os salarán y envenenarán, acabaréis en el fondo de la basura y habréis muerto por nada, no conoceréis una muerte digna, sino la muerte a golpes, en la calle, en un sitio oscuro.

* * *

Cualquier persona que haya follado conmigo sabe que me falta un triángulo pequeño de carne en uno de los labios vaginales. Me corté el coño con unas tijeras Perry, las de color azul y punta redonda que usábamos en Plástica, porque mi madre me había apuntado a clases de natación y a mí me daba vergüenza que se me saliera el pelo por la braguita del bañador. Corté de más y pegué un chillido, pero la herida se curó sola al cabo de los días. No vi sangre. Años después,

cuando planeé quedarme desnuda delante del primer chico, me corté a propósito la verruga que tenía en el pecho izquierdo porque, total, ya había hecho algo similar y no había ocurrido nada particularmente grave. Esa vez utilicé un cúter. Sin llegar a la piel, eliminé la rugosidad cortándola bien planita todo lo que pude. Luego la sostuve entre los dedos pulgar e índice, la bolita de carne que era yo y que ahora no era, y me pareció increíble poder separar una parte de mí: la bolita y el triángulo. Pensé por unos instantes que, al sajármela, podría pasarme como a la mujer del cuento de Hawthorne, que muere cuando su marido elimina la peca que tanto estorba a sus facciones y su cuerpo perfectos, el único indicio de su humanidad. Yo odiaba aquella verruga y la hice desaparecer, pero por suerte no me morí, aunque sí empecé una relación con mi cuerpo en la que este estaba separado de mí. Podía cortarme a tajitos y ofrecer una mejor versión de mí misma. Era como la plastilina, maleable, sin una forma definida, lista para lo que pudiera sobrevenir.

Al final, nunca llegué a aprender a nadar en aquellas clases en la piscina, pero aprendí a mantenerme a flote con los manguitos y luego a recorrer pequeñas distancias con ayuda de los churros de gomaespuma. Al completar los primeros dos cursos introductorios, el monitor me cosió en el pecho, bajándome con cuidado los tirantes de mi bañador de Winnie the Pooh, dos caballitos de mar que representaban los logros que había obtenido. Medallas marinas de plástico duro: un caballito azul y un caballito amarillo. Se lo expliqué muy contenta a mi profesora, que me preguntó de muy malas formas por qué había dejado que aquel hombre me pegara los caballitos, pero no entendí qué tenían de malo y asumí que no había pedido permiso para lucirlos. Me puse a llorar y no volví a aparecer por las clases.

* * *

Lloraba tanto que, cuando llegué a la pubertad, el agua empezó también a mojarme las bragas, tanto que la vieja ginecóloga de la seguridad social me dijo que eso no era normal. Los análisis de

rutina salían bien y yo no tenía ninguna enfermedad, lo que hizo que compusiera una mueca de disgusto cuando volvió con mi informe inmaculado, como para colgarlo en la pared con cintas de organza. Pero, aun así, esto es demasiado. No tienes nada, pero eso no es normal.

Demasiadas lágrimas, demasiado flujo, demasiada agua.

7

Tienes el corazón enfermo, pero no porque sufras ninguna enfermedad, sino porque eres muy joven y has llorado mucho. Eso fue lo que me dijo la gitana que me leyó la mano en el paseo marítimo. Era una tarde de otoño y caminaba junto a dos amigas, pero, como si la mujer no hubiera reparado en su presencia, me cogió del brazo solo a mí, obligándome a detenerme. El aire era cálido y el sol se filtraba a través de las palmeras a ambos lados de la rambla. La gente que paseaba a nuestro alrededor aceleraba el paso y se movía con brusquedad, como para hacernos notar que nos habíamos convertido en un estorbo al habernos quedado paradas. La gitana me dijo que me leería la fortuna, pero al cruzar mi mirada con la suya, lo hizo con solemnidad, como para transmitirme la gravedad de lo que iba a anunciarme. Antes de arrancarse a hablar, pasamos unos segundos observándonos mutuamente, calibrando el peligro que suponíamos cada una. Ignoramos los cuchicheos infantiles de mis amigas, que se mantenían apartadas a tres metros, lo bastante lejos para ver o escuchar lo que estaba ocurriendo, pero a salvo de que aquella mujer las tocara también a ellas. Me dejaron sola con alguien a quien percibían como un peligro, como harían a menudo durante el tiempo que durase nuestra amistad, mientras observaban desde el burladero lo que fuera que estuviera ocurriéndome.

Es curioso cómo funciona la vergüenza en las personas que tienen una vida inmaculada. Contemplan las desdichas ajenas a una distancia prudencial, como si fueran a salpicarlas, y entienden que si

el dolor o la locura siempre acaban por encontrarnos a nosotras es porque, de alguna forma, lo merecemos o lo estamos buscando. Estar loca o enferma ya resultaba algo bochornoso y era preferible no hacer migas con sujetos así. Sin embargo, si por casualidad o contagio el peligro amenazaba con dirigirse a ellas, me quedaba plantada a su lado, como una estatua, e intentaba transmitir con la mirada que antes de que siquiera llegara a tocarlas impactaría conmigo. Escondía muy debajo de mí el miedo que sentía, la fragilidad de mi cuerpo delgado. Se me doblaban un poco las rodillas si el muerto bajaba, entonces era seguro que asustaba a cualquiera que se pusiera delante de mí, que se marchaba maldiciendo con voz nerviosa y apenas audible a esta loca de mierda. La gitana acabó de leerme la mano, pero no dijo nada más interesante que aquello. Me pidió que le pagara en moneda, porque el billete daba mala suerte; le di todo lo suelto que llevaba en el bolso y me incorporé de nuevo al lado de mis amigas.

En esa misma avenida, en una de las tiendecitas de productos variados sin orden aparente —incensarios de cerámica de colores pastel, aparatos electrónicos de marcas poco conocidas, minerales pulidos y cristales de roca— conocí a la señora Gloria. Era una mujer de cincuenta años menuda pero robusta, llevaba el pelo corto y de color blanco por las canas y tenía los ojos de un gris casi transparente. Notó que renqueaba al entrar a su tienda y me puso las manos sobre los hombros, lo que me tranquilizó. Sus palmas ardían de una forma inusual que no podía explicarse por la temperatura del establecimiento o por la época del año. Su calor me inundó y disipó la tensión y el dolor de mis articulaciones. Me cogió la cabeza con las dos manos y me ordenó que no pestañeara. Se acercó todo lo que pudo, casi a punto de rozarme los labios, y me imaginé qué se sentiría al besarla. En el fondo de mis ojos, advirtió una mancha oscura y entonces me susurró al oído que sabía lo que pasaba dentro de mí.

Empecé a acudir a su casa, donde podía hablar con ella de todo aquello que me pasaba por la cabeza sin que la clientela de la tienda se molestara o nos mirara de forma extraña. Le preguntaba por el peso de mis hombros y el fondo de mis ojos, pero Gloria se negaba

a enseñarme nada, solo quería que siguiera visitándola y la dejara hacer. Me sentaba en una silla del comedor y me pasaba las manos por todo el cuerpo, arriba y abajo, y luego otra vez arriba. No llegaba a tocarme, sus manos se quedaban a unos centímetros de distancia de mi piel, pero solo aquello le producía arcadas que fingía que eran gases, no sé si de asco o de malestar, pero seguro que no eran de miedo, porque ella no le tenía miedo a nada. Juntas confeccionábamos pequeñas bolsas de tela que llenábamos de flores y de piedras para nosotras y también para repartir entre las personas de nuestro entorno. Las atábamos con cordones de arpillera marrón y las dejábamos en el marco de la ventana durante la noche, bañadas por la luz de la luna. Machacábamos los pétalos de las rosas que tenía en su jardín y hacíamos aguas florales y aceites almizclados con los que nos untábamos un puntito en la frente, un puntito en la coronilla y otro en la parte superior de la nuca.

El día que tuve que despedirme de Gloria me obligó a mirar en dirección al jardín y me señaló el árbol más grande, que era también su favorito: un naranjal que ese año no había dado frutos. Cuando lo mires, sabrás qué es lo que tengo que decirte, esa es la razón por la que el huerto está un poco seco, aunque sigo cuidándolo todos los días. Estábamos sentadas en la mesa de su cocina una frente a la otra, por lo que la terraza quedaba justo detrás de mí. Giré el cuello y miré el naranjal, y en ese momento un pensamiento se formó en mi cabeza. Así supe que Gloria se mudaba y que no volvería a verla. Te vas, le dije sonriendo, como si el naranjal hubiera puesto cuidado al decírmelo, susurrándome lenta y suavemente en el interior del oído. Me voy, pero quiero que me escuches y no te retuerzas en el camino. Entonces me cogió de las manos por encima de la mesa y me advirtió lo siguiente, que prefiero recordar así: la sensibilidad es un don y una maldición familiar, lo que quiero decir es que a todos los que nacemos con ella nos une por hilos invisibles que no podemos cortar; por eso te he visto y por eso tú ves a aquellas personas semejantes a nosotras y por eso los que no están aquí pero continúan sufriendo de un modo que no alcanzamos a explicar también pueden verte. La sensibilidad es una tara o maleficio que

nos aniquila lentamente hasta el final de nuestra vida, pero que sirve a los demás para que puedan caminar sobre la tierra asfaltada con nuestros huesos. Lo que te conmueve y te hiere y te empuja a moverte hacia delante no es para ti, es para los otros, que no están manchados por ello; por eso he estado yo aquí para ti y tú tienes que estar para otros, pero nunca para ti, no, el mundo no es para ti. Los otros necesitan nuestros ojos para ver lo que no quieren ver, nuestras manos para tocar lo que no pueden sentir, nuestra boca para morder lo que ya no saborean. No puedes hacer nada por ti, pero sí por los demás. Nuestra vista tiene la capacidad de advertir las piedras y los socavones en los caminos oscuros que no vamos a poder esquivar, los cruzaremos y al tropezar con ellos nuestro cuerpo se tenderá abrazando la tierra y otros vendrán, pero no a auxiliarnos, sino que caminarán por encima de nuestra columna vertebral y de nuestra cabeza, como dando saltitos en las piedras que sobresalen en los ríos. Es nuestra linfa la que engrasa las puertas del cielo, y estas deben permanecer abiertas.

Tercera parte
Espesura

8

Mi madre se marchó a Barcelona en 1977, cuando mi padre hacía siete años que ya vivía allí. Él cuenta que la razón de su encuentro tuvo que ser cosa de intervención divina, porque antes siquiera de que llegaran a coincidir en aquella discoteca de la calle Bailén ya había escuchado su voz pidiendo ayuda a través de las ondas, en el programa de radio *Encarna de noche*. Era un espacio de máxima audiencia muy popular entre los camioneros y los taxistas de la época, y que también escuchaban las personas que no podían dormir, ya fuera por insomnio crónico o por preocupaciones de la vida diaria. La locutora de los milagros (así la llamaban), que había nacido en Almería y compartía el mismo nombre que mi madre, ponía a su disposición su programa radiofónico para todo aquel ser vivo que necesitara su ayuda, aunque a veces también entrevistaba a políticos y a personajes importantes. *Encarna de noche* llegó a alcanzar tanto éxito que acabó ganando dos premios Ondas.

Mi madre llamó al programa una noche de 1980, el día que Antonio se fugó por última vez de casa de los abuelos. Le dio a la locutora de los milagros una descripción completa de su hermano y Encarna le prometió que lo encontrarían gracias a la emisión de un anuncio que se repetiría durante varios días; el anuncio aún puede rastrearse en los archivos sonoros de Radio Televisión Española. Solían darle pataletas, a Antonio. Se enfadaba con mis abuelos, que no lo entendían del todo, y amenazaba con fugarse o hacerse daño. Mi madre era la hermana a la que más quería y cuando ella se hubo marchado del pueblo porque no soportaba vivir allí no fue capaz de quedarse junto a sus padres y quiso ir a buscarla, andando, desde

Granada hasta Barcelona. Recorrió a dedo kilómetros y kilómetros, con la dirección de mi madre apuntada en un papel de cuadritos doblado que guardaba en el bolsillo delantero de la camisa. Llegó caminando y remolcado durante pequeños tramos por los coches y los camiones que se encontraba por la carretera hasta un pueblo pequeño de Tarragona, donde lo recibió un poblado de gitanos que trabajaban en la vendimia. ¿Es usted Antonio?, le dijeron al escuchar su nombre. ¡Lo estábamos esperando!, respondieron con ojos taimados, como el zorro y el gato en el cuento del señor Collodi. ¿Tiene usted trabajo? No se preocupe que nosotros le damos uno, pero venga aquí, que necesita lavarse y asearse un poco. Al verlo desorientado y con pinta de ser uno de esos disminuidos, le quitaron la ropa y los zapatos, que estaban sucios pero no viejos, incluido el reloj de oro, que bien debía de valer cincuenta o sesenta mil pesetas. Nosotros se lo guardamos, señor Antonio, ¿no ve usted que va a estropearlo mientras trabaja? Allí se quedó durante unas semanas, pero por la noche, aprovechando que dormía en el pajar donde le habían dejado hospedarse, esos hombres le quitaban el dinero. Cada mañana cuando se levantaba, metía las manos en los bolsillos y descubría que le habían robado el jornal del día anterior. En el desayuno, lamentaba la mala suerte que tenía junto a sus anfitriones, pero estos mordían sus hogazas de pan y le aseguraban, después de tragar la comida a golpecitos en el pecho, que habían sido las zorras o los cuervos los que se habían llevado sus monedas. ¡Son tan brillantes!, le decían. Procure ensuciarlas un poco, así, contra el pantalón o el suelo del pajar, verá cómo el próximo día no se las llevan, le aconsejaban, guiñándole un ojo. Antonio agradecía el gesto y procuraba embarrar las monedas tanto como podía, pero los ladrones volvían a deslizar las manos en sus bolsillos, aprovechando la total indefensión con la que dormía. Cuando el anuncio de Encarna de noche llegó a oídos de los cabecillas del poblado, temieron que las televisiones aparecieran por allí y vieran el estado en el que tenían a Antonio, por lo que, aprovechando una celebración en la que mi tío había bebido de más, le quitaron la ropa vieja que le habían dado, lo cogieron de los brazos y las piernas y lo echaron a una zanja al costado de la carretera. Cuando Antonio se

despertó, no lloró ni gritó. Se frotó contra la tierra para opacar su brillo y se quedó allí tumbado. Permaneció hecho un ovillo durante días, no se levantó ni se movió, agarrado a su propio cuerpo. Durante las noches, inhalaba una gran bocanada y soplaba el aire caliente dentro del hueco que sus piernas formaban contra su pecho. Se refregaba la nariz contra las rodillas y soñaba que la tierra se hundía para taparlo.

Alertada por los avisos de unos camioneros que lo vieron tirado en el arcén, a los que Encarna de noche había puesto en conocimiento del caso, la guardia civil llegó al cruce donde estaba y llamó desde allí a mi madre.

Antonio y ella pudieron reunirse, pero esa fue la última vez.

9

El Cortijo del Milate es un sitio atemporal, el bosque embrujado dentro del pueblo embrujado. Un lugar adonde huir y esconderse que acaba por meterse dentro de ti, acurrucado detrás de los pensamientos inocuos y límpidos que pueblan la mente en primera línea, el recuerdo impreciso dentro de tu cabeza, la habitación oscura en la que nos escondemos de niños.

Antes de que yo naciera, mucho antes de que me lanzara como un animal por las faldas de sus montañas, de que golpeara mi cuerpo, todavía elástico, contra el pasto cada vez más tostado al caer de los árboles cada vez más secos a los que me encaramaba, a través de los que corría con el pelo negro flotando, apenas tocándome la espalda por la velocidad que alcanzaba, mucho antes de que los hombros y las piernas se me hundieran en el suelo y mis ojos engulleran la luz como sedientos, allí jugaron también otros niños antes de mí: dos niñas y un niño que fueron hermanos.

El niño se llama Antonio y es moreno, igual que Encarna. Van siempre a todos los sitios cogidos de la mano y a veces ella lo lleva en brazos como si todavía fuera un bebé. La otra niña es rubia y es la mayor de los tres, se llama Carmen. Es bajita y delgada pero dura

como el junco, nunca sonríe, tiene los labios apretados en un rictus de odio y el ceño siempre fruncido. Sale a jugar con sus dos hermanos pequeños para que los padres la dejen en paz. Los coge de la mano y los lleva a lo más profundo del bosque, tanto, que solo los animales tienen la suerte de verlos. Allí pasan los días. Antonio es torpe y sensible, emite gritos entrecortados por la emoción mientras juega y salta por los bancales, a veces tropieza corriendo, pero vuelve a levantarse y sus ojos buscan los de Encarna, que acude enseguida para secarle la comisura de los labios o besarle las rodillas raspadas. Carmen los mira con la cabeza apoyada en las manos. Por un instante, parece que esté sonriendo, pero se trata más bien de una mueca. Cuando oscurece y es hora de volver a casa, le baja la falda a su hermana todo lo que puede, le recorta los mechones negros y ondulados que le enmarcan el rostro y que han crecido desde la semana anterior, y le mancha los calzones, también los suyos, con barro del camino hasta llenarlos de mierda. Cuando cruza el zaguán, su madre la recibe pellizcándole la tripa: esta noche no comes, ya estás lo bastante gorda. El padre se quita el sombrero y se pasa la mano por la coronilla rubia, que ya empieza a clarear, cruza los ojos con Carmen y le dice: niña, ya que no cenas, ven conmigo y tu hermano Manolo a guardar las ovejas, acabamos de llegar y todavía están ahí fuera. Carmen aprieta los labios y sale de la mano de su padre y de su hermano, dirige una última mirada hacia Antonio y Encarna, que se sientan alrededor de la mesa junto al resto de la familia, y no vuelve hasta que todos están ya dormidos.

La familia de mamá fue muy prolífica. Contándola a ella, fueron nueve hermanos en total. Primero estaba Antonio, el idiota que se ahorcó, ella y él eran los más pequeños. Eso si no contamos a Álvaro, que murió cuando era un bebé. Fue un parto especialmente complicado y se llevó consigo el útero de mi abuela, que tuvieron que coser porque se le resbalaba por fuera de la vagina. Luego estaba Carmen, la niña terrible que se quedó a vivir en el pueblo porque nadie quiso casarse con ella. Dejó que el pelo le creciera hasta las rodillas y lo trenzó con espinas de rosas y aliagas. Hizo construir una casita de piedra en la falda del río, en la entrada al

Cortijo, y desde allí se metía en el bosque de noche sin que nadie se diera cuenta. El resto de los hermanos mayores hacía tiempo que habían separado su vida de nosotros. Pepe contrajo el VIH, pero pudo pagarse el tratamiento porque se amputó el dedo pulgar en la fábrica en la que trabajaba, dejamos de verlo por si en alguna de las cenas familiares bebía de nuestro vaso, preferíamos conservar nuestros pulgares. Miguel murió en su cama de un ataque al corazón por pasarse una vida entera bebiendo sin mesura; su vientre adquirió la dureza de la roca, pero, como decía, esa era la única forma en la que toleraba vivir. Paco mató a escopetazos a su yegua favorita porque insistía en escaparse una y otra vez del cercal donde la tenía atada y montó una empresa de tomates con la ayuda de una de esas familias que llegan en patera. Los escondió en uno de sus invernaderos; la policía los encontró, lo mandó a la cárcel y se perdió las últimas cenas que organizamos. Agustina, cuando apenas era una adolescente, huyó en moto con su novio para poder casarse y nadie sabe dónde está ahora, aunque suponemos que será feliz para siempre junto al chico que la sacó de allí. Por último, el hermano mayor, Manolo, que se convirtió en pastor de ovejas, igual que el abuelo y que, como Carmen, se quedó para siempre viviendo en el pueblo.

A Carmen no llegamos a tratarla nunca, ni mi hermana ni mi padre ni yo, porque así nos lo había pedido mi madre. No íbamos a visitarla a su casa cuando subíamos al pueblo y yo no la veía casi nunca de cerca, excepto cuando se celebraban las fiestas locales, en la verbena, y distinguía su semblante duro y crispado entre los vecinos que bailaban las canciones que tocaba la orquesta. Se quedaba entre la multitud, rodeada de las viejas que habían perdido al marido, solas como ella, y nos observaba impasible e inmóvil desde el otro lado de la plaza, achicando los ojos hasta que parecía quedarse dormida, como un muerto al que le han cerrado los párpados. Nunca supe nada de ella, ni de ella ni de los hijos que no dejaba crecer porque decían que los ahogaba en el embalse y que eran producto de las relaciones extramatrimoniales que mantenía a escondidas con los hombres del pueblo. De vez en cuando aparecía con la barriga abultada, la mano encima, pero no descansando, sino

presionando hacia abajo con furia, y se perdía en el bosque para volver con las manos mojadas, pero vacías.

Algo había ocurrido cuando eran pequeños y convivían en la casa del cerro. Algo que no era un secreto, porque en el pueblo todos hablaban de ello y, después de que mis abuelos murieran, que había algunas rencillas sin salvar, bueno, se hizo evidente. Cuento esto con sorna, porque fue ella quien los mató. Cuando mis abuelos se hicieron mayores y ya no podían vivir solos en aquella casa, mi madre y los hermanos que quedaban empezaron a turnarse para cuidarlos en nuestros respectivos hogares. Esa fue una de las razones por las que dormí en el pasillo durante gran parte de mi infancia. El piso era pequeño y no había sitio para hospedar a los abuelos, así que tuvieron que quedarse a dormir en mi habitación, y yo, que había salido más bien canija, bien podía habitar la esquina que conectaba el comedor con el cuarto, que ahora era suyo. Quizá por eso comía tan poco, para que los pies y los brazos no me crecieran lo suficiente como para hacer angosto el espacio en el que vivía, por eso me encogí todo lo que pude y me volví casi invisible.

Así fueron pasando los años hasta que su edad empezó a incomodarnos, cuando los teléfonos sonaban para ofrecerles un seguro de vida o productos que en ningún caso podrían disfrutar. Durante ese tiempo, Carmen no se ofreció nunca a atenderlos, hacía años que no tenía trato con el resto de la familia. Se limitaba a observarnos desde los límites de las tierras y de los cercados, desde su casita de piedra en la falda del río que atravesaba el bosque. Pero cuando llegó el momento de discutir cómo repartiríamos la herencia cuando los abuelos murieran, entró en el comedor, donde estábamos reunidos, como la bruja a la que no invitaron en el nacimiento de la bella Aurora, y se quedó sentada, esperando su turno. Luego habló: no he cuidado de los papas porque no me habéis dejado. Os habéis alejado de mí como si tuviera la peste, no me llamáis hermana, no me presentáis a vuestros hijos ni tampoco a vuestros nietos. Papa y mama tienen poca vida por delante, dejadme que los cuide y veréis que soy tan digna como vosotros para que me deis mi parte. Todos aceptaron y ella se llevó a los abuelos a su casa. Metió dos camas individuales en una de las habitaciones y las acondicionó

especialmente para ellos. Compró dos colchones nuevos, dos juegos de sábanas blancas, dos fundas de almohada y una mesita de noche que colocó entre ambos catres. Llenó un jarro con un ramo de flores silvestres y una jarra con agua que puso encima de la mesita para que pudieran servirse durante la noche. Entonces abrió la puerta de su casa y se fue. Durante las semanas siguientes, los abuelos entraron y salieron de su habitación, cada vez más lentamente, cada vez con menos frecuencia. El pan y las galletas almacenados en la despensa se acabaron, los embutidos en la nevera que su hija había desconectado se recubrieron de una capa finísima de moho blanco, el agua de la jarra se agotó y luego cayó al suelo, llenándolo de pequeños cristales. Con la vista cansada como para poder advertirlos, caminaban por encima de ellos, pero tenían la planta de los pies tan dura después de tantos años andando en el campo que no notaban apenas molestias. Los vidrios rotos no lograban atravesarlos. La abuela salía todos los días al jardín a regar los rosales, llevaba cubierta la cabeza con un rebocillo a cuadros de color negro y un mandil a juego. El abuelo no tenía nada que hacer en el jardín y en aquella casa no se guardaban animales, así que esperaba casi siempre sentado en el sofá, de cara a la televisión apagada. Pensó en ir a buscar a su hijo Manolo, pero ese andaría perdido en alguna riña en el bar del pueblo, demasiado lejos para él, ahora que debía caminar ayudándose de un bastón. Antes de que llegara a pedirle ayuda se habría desplomado por el calor o se habría caído por una pendiente. A medida que la falta de alimento y de cuidados se hacía patente en sus cuerpos viejos, el radio que podían recorrer fue reduciéndose y dejaron de salir al jardín, luego al patio, luego al comedor, y finalmente se quedaron recostados en sus camas mientras las heces y los orines creaban pequeños lagos en los huecos que se formaban encima de sus caderas huesudas, la piel relamida por el hambre y la enfermedad. Los vidrios del suelo no podían atravesarlos, pero todavía los reflejaban. Los días pasaron y sus cuerpos, aunque livianos, pesaban cada vez más, se hundían en el colchón mientras el sudor y el roce de las sábanas formaba costras en su espalda y en la parte posterior de sus piernas y sus brazos. No se miraban el uno al otro, sino al techo, se sentían

incapaces de girar la cabeza. Mantenían los ojos muy abiertos, temerosos de mirar hacia la puerta y descubrir que había alguien observándolos, entre la penumbra, con los ojos casi cerrados por la fuerza con la que los entornaba, como un muerto que se ha quedado de pie. Un muerto que hunde su peso en el suelo.

* * *

En el corazón del bosque, bien adentro del Milate, hay una niña rubia, dura como el junco. Juega con sus dos hermanos mientras todavía es de día para ponerlos a salvo de su madre y de su padre. Juntos recogen nidos de pájaros que han caído de los árboles, hacen barquitos con hojas que surcan la orilla del río. Cuando es de noche, desea que la mugre que embarra su ropa sea lo bastante molesta como para mantenerlos alejados de la suciedad de su familia, pero no siempre funciona. Se mete todas las noches en el corral con su padre y el mayor de sus hermanos, y allí dentro se sube las enaguas y se tiende en el pajar.

* * *

Fue una vecina la que avisó a mi madre. Le dijo que hacía días que no veía a los abuelos, que no sabía si la Carmen se los habría llevado a la ciudad, quizá a comprarles ropa nueva, porque a ella tampoco se la veía por ningún sitio. Mi madre enmudeció, sus ojos refulgían como esperando lo que vendría después. Se vistió, se despidió de nosotros, se subió en el coche y recorrió sin estacionar ni una sola vez los kilómetros que la separaban del pueblo donde nació. De camino, llamó al resto de sus hermanos y quedaron todos en verse allí. Encontró a sus padres consumidos en la cama, dos lonchas de carne vieja que no pudieron despegar y que tuvieron que llevarse así, envueltos en las sábanas. Carmen los esperaba en el salón, sentada en uno de los sofás con la espalda reclinada sobre el cojín. Decía que había sido ella quien había llamado a los médicos, que estaba preocupada por el empeoramiento de sus padres, al que no había sabido encontrar respuesta. He tenido que subir a la capital algunos días para ir a comprar. Ha habido un apagón y se han

estropeado la nevera, el televisor y el secador de pelo. La compañía de luz no cubre los desperfectos que son del uso diario y he estado unos días buscando un reemplazo que pueda pagar, han sido muchos viajes, muchas idas y venidas. Pero yo pensaba que podían valerse solos, uno no se muere de la noche a la mañana. Cuando los he visto así, tan pachuchos, encogidos en la cama, los he llamado por su nombre y no me han respondido, yo creo que tiraban la comida a la orilla del río, igual no estaban a gusto. No lo sé. Ha sido entonces cuando he llamado a los médicos para que vinieran a verlos. Ahora van al hospital y allí los atienden.

Al volver del hospital, donde confirmaron lo que había ocurrido, mi madre y sus hermanos se encontraron con la casa inmaculada, limpia de los restos de cualquier muerte. Carmen había sacado los dos camastros de la habitación y las ventanas estaban abiertas de par en par. Hay que ventilar, que el olor a muerto se pega más de lo que creéis y luego no hay quien se lo quite uno de encima, les dijo con cara de triunfo mientras seguía barriendo el polvo, que luego recogía y tiraba en un cubo que vaciaba en el zaguán. Se estiró hacia atrás, con las manos sujetándose los riñones, e hizo crujir las vértebras. Se atusó el pelo, volvió hacia dentro y los invitó a entrar. Luego los sentó en el comedor y se dispuso a retomar la conversación: la casa y el dinero no los quiero, pero el bosque y las tierras son míos.

* * *

En el bosque dentro del bosque, una niña rubia que ya no es niña y un niño moreno que no puede crecer juegan a escondidas de sus padres. La otra niña también se ha hecho mayor, se ha casado y se ha ido a vivir muy lejos, cruzando tierras más allá de donde les alcanza la vista. La niña rubia se sube al chico a los hombros. Primero se acuclilla para que él pueda sentarse encima, agarrado a su cuello, y después se yergue y lo sujeta de las manos para que él se coloque de pie. Desde esa altura, pueden alcanzar las ramas más altas. El niño le baja frutos todavía maduros, piñas, hojas perfectas para los cestillos de mimbre que confecciona para luego venderlos o

para recoger los frutos que caen de los árboles. Ella trenza cestos con todo lo que encuentra, a veces recoge huesos de animales lavados por el río y mudas de serpientes que nadan en la acequia. Se sientan en la era y el niño dibuja paisajes imposibles con rocas de pizarra, ella se entretiene en su labor, tensa bien las fibras, los cestitos bien atados; entre las hebras hay plumas, cartílago, dientes afilados de animales. El niño le besa los dedos cuando se pincha con lo que asume que son fibras de mimbre, le unta un poco de su saliva y le sonríe. Ella se observa el dedo impoluto, ya curado, y le acaricia la cabeza, sonriendo a su vez.

10

Es por la mañana y despierto en la cama de la casita del pueblo en la que dormía de pequeña junto a mi hermana y mis padres. En esta familia somos tantos que, cuando nos reuníamos aquí, apenas cabíamos en la misma casa, por lo que acabábamos compartiendo el viejo colchón de gomaespuma amarilla, que envolvíamos con fundas gruesas y compactas. La gomaespuma barata se deshacía por dentro como arenilla y creaba ondulaciones en la superficie, como si los ratones hubieran mordido un gran pedazo de queso. Nos apretábamos como podíamos: mi cuerpo al lado del cuerpo de mi hermana y juntas al lado del cuerpo de mi madre y el de mi padre. Para no sentir la calidez de su aliento, lo que me incomodaba profundamente, cuando ya se habían dormido todos me escurría hasta el final de la estructura de madera, recostaba la cabeza al lado de sus pies desnudos y torcía el cuello hacia la ventana de la habitación, que por el calor del verano manteníamos abierta toda la noche. Escuchaba el silencio del campo que nunca es silencio del todo: el murmullo de las cigarras y el aleteo de los insectos voladores, las pisadas de los animales pequeños y, si forzaba el oído, las culebras nadando en la acequia. Aquel murmullo me ayudaba a conciliar el sueño. Mi cuerpo se volvía liviano, suspendía su peso y, al hacerlo, se elevaba poco a poco hasta el techo de la habitación,

donde se quedaba flotando junto a los seres invisibles que podía oír. Allí arriba, con la frente casi chocando con la lámpara-ventilador que siempre estaba estropeada, me parecía entrar en una realidad desdoblada del mundo que habitaba con mis sentidos. Para relajarme, pensaba en mi cuerpo dividido en secciones e intentaba dormir cada pequeña parte. Empezaba por los pies, recorría con corrientes invisibles, que imaginaba de un color azul, los dedos y el espacio que habitaba entre ellos. Luego subía por la espinilla, atravesar el hueso de la tibia siempre me producía un dolor fantasma; le seguían las rodillas, los muslos, las caderas, el vientre y, antes de llegar a las manos, ya me había quedado dormida.

En casa de mis padres no lograba conciliar el sueño con tanta facilidad, acumulaba ojeras desde pequeña porque pasaba todas las noches con dolor de barriga, dando vueltas en la cama o escuchando la radio para no estar a solas con mis pensamientos. Cuando conseguía dormirme, viajaba a otros sitios extraños, todavía parecidos a este, pero de algún modo diferentes, como si no respetasen el orden geométrico de las paredes, el suelo y los objetos. A la mañana siguiente, mi madre me despertaba para ir al colegio y yo estaba tan cansada que no podía levantarme. Ella me quitaba el pijama, todavía tumbada sobre la cama, e iba vistiéndome por partes, poco a poco, levantándome los brazos, las piernas y el culo para subirme los pantalones. Cuando ya tenía puestos los calcetines y los zapatos, me metía también el desayuno en la boca, unas cucharadas de yogur o un trozo de una caracola o un vaso de zumo de naranja. Así me concedía algunos minutos más de sueño hasta que despertaba completamente vestida, desayunada y lista para salir a la calle.

11

Me levanto apenas sin dificultad, el cuerpo no me pesa como la mayor parte de los días. Hago pasar la cabeza por uno de los vestidos negros de lino que me he comprado para estar más

cómoda. La maleta está abierta en el suelo de la habitación, no la he guardado en el armario porque no planeo quedarme muchos días aquí, y tampoco confío en hacerle creer a este pueblo que ahora soy parte de ellos. Apenas vive gente joven, casi todas las casas están ya vacías o habitadas por matrimonios de ancianos o viudas solitarias. Los hijos que nacen se marchan, vuelven con sus nietos pero solo durante los meses más alegres del año, cuando las fiestas empañan algunos de los sucesos más extraños que ocurren.

Antes de coger un taxi en la ciudad donde el tren me ha dejado, he comprado algunos productos congelados en el supermercado porque en el pueblo solo hay una tienda de conveniencia. Abre por las mañanas y solo tiene productos básicos para cocinar, algo que yo apenas hago porque nunca he querido parecerme a mi madre. Me he convertido en una adulta que come nuggets de pollo, varitas de pescado con forma de animales y ramen instantáneo calentado en el microondas. Salgo de la casa y cierro la puerta con llave. Es grande y está cubierta de una capa de óxido que le ha hecho perder su lustre. Todos en la familia guardamos una copia, pero yo soy la única que tiene la original; la llevo siempre encima, colgada del cuello, en el llavero o en la cartera. La guardo como si, además de abrir una entrada, tuviera escondida dentro la posibilidad de abrir una parte más profunda de mí. Cierro la puerta y la atranco con algunos tacos de madera que todavía guardamos debajo de una de las macetas. Hace años, uno de los toros que bajaban del pueblo vecino —de donde los traían, porque aquí somos más de criar animales pequeños—, transportados en una lenta procesión seguida por decenas de coches que pitaban y gritaban a las bestias conducidas a su muerte, se escapó de la fila y entró por el pueblo, recorriendo una a una las calles vacías. Yo estaba sola en casa porque ya tenía edad suficiente para negarme a asistir a aquellos festejos. Mi madre me llamó por teléfono y me recordó que cerrara fuerte la puerta y la atrancara con los tacos de madera por si el toro iba hasta donde estaba yo, la única niña que no había asistido al desfile de su especie a la matanza. Pero cómo va a subir la cuesta el toro, mamá. Habrá bajado a las tierras o lo habrá atropellado un coche en la carretera, pero qué va a hacer un toro aquí arriba, tocando a la

puerta. Supongo que lo cogieron y lo llevaron de vuelta al corral donde los guardaban, o quizá el granjero que estaba a su cuidado le clavó un pequeño puñal en el corazón para truncar su ingenuo intento por querer sobrevivir. Eso es más o menos lo que les hacían a los demás, les untaban aceite en los ojos para emborronarles la vista, los desorientaban y los hacían más débiles frente a los niños vestidos de feria, aquellos brutales payasos embutidos en ropa chillona que celebraban, de cara al público, cada estocada hundiéndose en el fondo del animal. Yo los miraba con todo el odio que guardaba mi corazón enfermo: no me reía ni vitoreaba sus lances, intentaba condensar en los ojos todas las barbaridades que se me pasaban por la cabeza y que sí estaría dispuesta a presenciar si las víctimas hubieran sido ellos. Supongo que era desagradable mirarme, una cara arrugada para ser tan niña, silenciosa para estar allí, inmóvil en un mar de personas que se movían y saltaban de sus asientos. Más de uno de aquellos chicos se cruzó con mi cara y se tropezó al dar la vuelta a la plaza. Después de la confusión, se erguían de nuevo y me devolvían una mirada de asco, dándome la espalda para subirse a los hombros de sus amigos y entrenadores.

Todos los veranos, mi madre bajaba a la plaza de toros y compraba entradas para la temporada. Yo detestaba tener que ir allí, pero era demasiado pequeña para quedarme sola. Cuando me quejaba, mis primos se burlaban de mí: le da miedo la sangre, le da miedo la sangre, cantaban en un corro cogidos de la mano. Pero, cuando no miraban sus padres, les pellizcaba la parte baja de la espalda y retorcía la carne todo lo posible hasta dejarles moretones que nadie más podía ver. Aterrorizados, giraban la cara hacia mí y yo les sonreía como respuesta. Los moretones adquirían todas las tonalidades, pasaban del rojo al violeta al amarillo y al verde. Pero las banderillas envueltas en confeti y guirnaldas no lograban disimular el color más oscuro de la sangre, el negro de sus pieles. Eran como golosinas arrojadas en un charco de detritus.

En los descansos después de cada lidia, el dueño de la tienda de conveniencia llevaba dulces y helados para el público y los arrojaba hacia nuestros asientos, nos levantábamos y los cogíamos en el aire y luego volvíamos a sentarnos. En el recuerdo, hay una mujer

sentada detrás de mí que está fumando un cigarro y, sin querer, por estar distraída, se le cae la ceniza encima de mi brazo. Cuando mi madre le llama la atención, se disculpa y, sin que la vea, baja el cigarrillo hasta quemarme la piel. No lloro.

* * *

Bajo el camino y paso por la granja. Veo a un perro que no reconozco de la noche anterior guardando la puerta del corral. Supongo que es de mi tío Manolo, llevo viendo perros suyos que cambian cada uno o dos años, es decir, que mueren, durante toda mi vida. Pienso en darme la vuelta y preparar una olla con restos de comida para dárselos al perro, pero, a medio camino, descarto la idea. Lo más probable es que mi tío, al ver que alguien le ha dado de comer, desconfíe de su lealtad y lo cuelgue de un cable. No sé muy bien por qué, le hago una foto con el móvil y le acaricio la cabeza. Me quedo un rato con él, sentada en el pasto. Como esperaba, cuando me marcho no se atreve a seguirme. Hay un cercado que no puedo ver, pero que a él le aterroriza cruzar. Me despido y me subo al canal de la acequia. Si caminas encima de él y te dejas llevar como si fuera una senda, el canal te lleva muy adentro del bosque, pero nunca he podido llegar al final. De pequeña me gustaba seguirlo e imaginaba que, por el desgaste de la piedra, alguien muy antiguo debía de haberlo construido y lo había dejado allí para que alguna persona valiente se atreviera a cruzarlo y a descubrir qué había en el fondo de los árboles, detrás del horizonte. Imaginaba constructores que se habían fusionado con el bosque y que acudían, todavía, a hacer pequeñas reparaciones. Los veía transportar cajas de herramientas confeccionadas con madera de almendro. Seres humanoides con cabeza de animal: hidras, centauros, esfinges y otros menos majestuosos, como gallinas con pantalones abotonados y conejos con tirantes de colores. En numerosas ocasiones, emprendí el mismo viaje decidida a encontrarme con lo que fuera que habitaba en el fin, pensaba que se trataba de una empresa importante que lo cambiaría todo, como si fuera una respuesta a las miserias del pueblo o a las miserias de

mi vida, que, al final, eran la misma cosa. Salía bien temprano de casa, a escondidas de mis padres, metía en uno de los numerosos cestitos que había tirados por las habitaciones dos bocadillos de pan de molde y una botella de agua y me prometía a mí misma que esa vez lo conseguiría. Tenía la intención de llegar al último tramo de la acequia, que se adentraba en lo más profundo del cortijo, y soñaba con no volver nunca. Pero se hacía de noche y no era capaz de seguir, no me bastaban las horas para un viaje tan largo. El bosque a mi alrededor ya no parecía inofensivo, los rumores pausados del día desaparecían y eran sustituidos por chasquidos y sonidos veloces, como cortando el aire ya inmóvil. El murmullo de la espesura me asustaba y creía ver que el agua de la acequia cambiaba de tonalidad y se volvía roja, como si transportara los cadáveres de todos los muertos que el pueblo ignoraba, pero que el agua seguía lavando y moviendo, lavando y moviendo, en un circuito sin fin.

* * *

Esta vez también me apeo del camino marcado. Después de recorrer los tramos de acequia que me acercan lo suficiente, vuelvo a poner los pies en el campo y desciendo por el barranco, prefiero cruzar la montaña que bajar por la carretera, donde es mucho más fácil que te atropellen porque no hay señales de tráfico y las curvas son demasiado abruptas. Al final de la carretera, antes de entrar en la villa, hay una casita destartalada hecha con tejas de uralita y paredes de pizarra. Allí vivía la tía Morcilla. Antes de bajar al pueblo, siempre nos deteníamos unos minutos para hacerle una visita. Yo creo que por eso se había construido aquella chabola justo en la entrada, para poder hablar con quien fuera que pasara por delante. No se había casado y recogía a todos los gatos y perros abandonados que llegaban del pueblo y de la montaña: gatos tuertos, con clapas de pelo, o perros cojos y viejos, heridos por los ataques de los animales salvajes. Pasaba el día en el jardín, echándoles comida o separándolos para que no se pelearan y vigilando secretamente lo que ocurría a su alrededor. Cuando oía voces o pasos, se acercaba poco a poco a la reja metálica de obra

que ella misma había colocado y, mientras sostenía entre los brazos a una de sus extrañas mascotas, te invitaba a entrar. La gente decía que era una bruja por su aspecto repulsivo y porque era muy vieja. Se alegraban de que hubiera decidido no vivir en el pueblo: aunque decidir, en todo caso, no era más que un eufemismo, no tenía dinero para comprarse una casa y por eso se había construido aquella barraca, que los vecinos podrían haber mandado derruir por no tener los papeles o por un defecto de forma. Pero eso seguramente habría implicado tenerla más cerca o darle hospicio en la casa de jubilados y enfermos mentales del pueblo. Era mejor que se quedara allí, donde no molestaba a nadie con su presencia. Vivía de lo que plantaba en el huerto y sacaba agua del pozo para regar los cultivos y para ella misma.

A mí me gustaba aquella mujer. Incluso cuando fue perdiendo mechones de pelo por culpa de las continuas infecciones de la sangre que contraía a causa de las garrapatas que le pegaban sus mascotas y su cráneo fue revelándose poco a poco en cada visita hasta acabar convirtiéndose en una calavera sonriente que sostenía a un gato enfermo o a un perro sarnoso, incluso entonces, todavía me parecía un ángel. Podía ver brillar su piel flácida y blanquecina en los centímetros que asomaban debajo de sus sayos. Una masa nívea y esponjosa, como un cojín relleno de espuma, que desdibujaba sus rasgos a cada año que pasaba. Si pienso en los ángeles, no puedo creer que haya forma de bajar a la tierra desde el cielo sin acabar desollándose la piel, perdiendo las plumas, el pelo o los dientes. Si los meteoritos se desintegran en la atmósfera, cómo no iba a hacerlo un ángel que no está hecho de roca, sino de una carne parecida a la nuestra. Imagino que, por una razón similar, tampoco hay forma de volar de nuevo hacia arriba si no es destrozado en pedazos, un pedacito de ángel arrancado o guardado por cada una de las personas que lo llevan en el bolsillo como una pata de conejo o una de cocodrilo, que son amuletos para tener buena fortuna. Cuando mueran esas personas y las entierren después, sus almas se volverán ligeras y los pedacitos de carne que escondían en el bolsillo flotarán también, se elevarán hacia el cielo con ellas moldeando ángeles hechos con recortes, cosidos deprisa,

tal vez con ojos de más, sin boca o nariz, o las piernas colocadas donde deberían estar los brazos. Amasijos de carne celestial dispuestos a regresar a la tierra una y otra vez, a ser despedazados una y otra vez.

Mi primer trabajo de costura tuvo lugar en casa de la tía Morcilla. Todavía conservo dos marcas de cicatrices en el ojo izquierdo, una en la esquina del párpado inferior y la otra debajo de la ceja. Uno de sus gatos me clavó las uñas mientras lo acariciaba porque a mi tío Manolo le pareció divertido dar una sonora palmada justo detrás. El gato se asustó, bufó y arañó todo lo que tenía delante, que en ese momento era yo. Mi tío se escapó riéndose y se marchó con sus ovejas a la montaña. La tía Morcilla me curó las heridas con un algodón mojado en mercromina. Se arrodilló frente a mí, con el cráneo pelado ya limpio de parásitos, y recorrió con el algodón sujeto con los dedos en pinza el contorno de mi ojo izquierdo, arrullándome como si fuera otro de sus gatos. Luego sacó una aguja que esterilizó con la llama de un fósforo Tres Estrellas y chupó un hilo blanco para poder enhebrarla. Me aconsejó que no apretara los dientes, sino que dejara escapar el aire cantando mientras me cosía ambas laceraciones. Debajo del párpado cerrado veía luces de todos los colores: luz blanca del hospital cuando los médicos me cosan sin anestesia el corte tres veces abierto en la barbilla, una por mi padre, otra por mi hermana y otra a causa de mí misma; luz ambarina de un quinqué iluminando las manos cerúleas de mi abuelo, encima de sus pantalones, y luego encima de mí; luz verde y roja de los semáforos en la autopista cuando abra las puertas del coche en el que viajamos, cada año, de camino a este pueblo perverso; luz azul reflejada por las paredes color índigo de los sanatorios, donde no quiero acabar durmiendo. Las luces siempre acompañan al momento posterior a la herida, pero, en fotografía, a la luz que entra en el objetivo de forma no controlada se la llama luz parásita. Gracias a Antonio yo puedo engullir toda esa luz y convertirla en un agujero negro dentro de mi pecho. Convertirme en un muñeco de corcho movido por alguien más muerto que yo.

Mi ojo izquierdo quedó intacto y las cicatrices se ablandaron y se convirtieron en dos arañazos apenas perceptibles a no ser que te

acerques mucho. Al pasar la mano por mi piel, uno va encontrando rastros de antiguas llagas, heridas o golpes que no pretendo ocultar. Dejo que ocurran en el lado izquierdo de mi cuerpo porque me gusta pensar que hay una parte de mí todavía límpida, sin mácula.

12

Entro en el pueblo y, por un momento, si no me fijo en el vacío de las plazoletas y de las calles, me parece que sigue siendo el mismo de antes. Las casas se amontonan como cajitas dispuestas por un niño que ordena sus juguetes, están hechas de ladrillo y blanqueadas con cal, la pintura es más cara y no vale la pena pintar lo que tantas veces se ensucia. Antes de introducirme en la calle principal, y después de dejar atrás la choza de la tía Morcilla, he pasado por delante del cementerio sin apenas prestarle atención, ya no me paro allí porque sé que es un escenario ficticio para las personas que vienen de fuera. Los nichos y las tumbas hace tiempo que los vaciamos aunque hagamos como si no nos reconociéramos ni supiéramos qué hacemos allí cuando nos encontramos durante la noche saltando la verja. Algunas veces ni siquiera hay nada enterrado o los ataúdes ya se metieron sin nadie dentro, pero eso es solo en los casos en los que el cadáver no ha aparecido o lo ha hecho en tantas partes que resulta un poco ofensivo juntarlas, como si fueran piezas de Lego. En esos casos, siempre nos parece mejor dejar un objeto que guarde algún vínculo con la persona fallecida o uno de sus juguetes de infancia, porque ninguna de las pertenencias que atesoramos de adultos o que compramos distraídamente para volver a nuestro hogar con alguna nueva quincalla para decorar el interior de un mueble con cristal opaco, absolutamente ninguna dice nada de nosotros.

Yo colecciono todo tipo de objetos extraños, tengo esa especie de lazo sentimental con las cosas que pertenecen a las personas a las que quiero cerca o que quiero lejos, sin término medio. Me gusta conservar un mechón de su pelo, su bolígrafo favorito, la capita de

esmalte que saltó de su uña cuando se rascaba frenéticamente el dedo pulgar mientras hablaba conmigo o, en general, todo lo que ha pasado por sus manos y que a mí me parece que contiene una pequeña parte de ellos. Las fotografías que guarda mi madre tienen su gracia y son útiles para mantener los recuerdos intactos, pero a veces es mejor que se desdibujen o que sus notas nos lleguen de formas sutiles o poco convencionales, porque así nos introducimos en la mente de las personas en las que debemos durar por siempre, con el olor a viejo de un paño, la caligrafía sinuosa de una carta manuscrita o los agujeritos minúsculos de la punta de un lápiz roído.

13

Cuando Antonio tuvo que regresar a Granada, al pueblo del que huyó, lo hizo sin patalear. Una gravedad que mi madre no conocía se instaló con pesadez dentro de su estómago y sus brazos cayeron lánguidos, a los costados, mientras los enfermeros de la ambulancia lo envolvían con mantas calientes y lo sentaban dentro del vehículo. Ella lo acompañó hasta que pasaron por Barcelona, y allí se bajó y le prometió que volverían a verse cuando llegara el verano, que se acordara de recoger suficiente madera para que pudieran hacer barquitos con los que jugar en el río. Al llegar al pueblo, sus padres lo esperaban enfurecidos, tiesos delante de la puerta, como posaban en las fotografías que enviaban en las postales navideñas. Mi abuelo lo encerró en el corral junto a las gallinas y la abuela le susurró a través de la portezuela por donde dejaba caer el grano canciones de cuna con voz temblorosa. No tendrías que haber desobedecido a tu padre, le decía con los labios apretados cuando él le pedía que lo dejara salir. No se quedaba mucho tiempo agachada. Si tardaba mucho en volver del corral, el abuelo la azuzaba con el bastón y le propinaba una patada a la puerta: ahí te quedas hasta que aprendas.

Hacía años que Carmen se había instalado en su casita de piedra a la falda del río. No se hablaba con sus padres, pero subía de vez

en cuando para encontrarse con Antonio en el medio del bosque o para cometer pequeñas travesuras. A veces reunía palos y piedras para cortar el cauce de la acequia que pasaba por la casa, impidiendo que el abuelo tuviera agua suficiente para el regadío, o dejaba entrar a una zorra en la jaula de las lluecas y se reía al observar cómo su madre lloraba al sostener los restos de gallinitas desbaratadas sobre el heno. Los castigos que le prodigaban a su hermano no solían durar mucho, pero ella acudía siempre a hacerle compañía durante las noches. Si pasaban más de tres o cuatro días sin que lo viera corriendo por el bosque, intuía dónde estaba y acudía a verlo cargada con sus cestillos, que rellenaba con dulces de crema y galletas bañadas en azúcar glas que ella misma había horneado. La función de aquellas penitencias no era otra cosa que ejercer de correctivo para que Antonio no huyera de casa o se atreviera a negarse a los favores que los vecinos le demandaban. Al principio eran cosas menores, relacionadas con el trabajo o la salud: pasto más verde o frutos más grandes, pequeñas enfermedades o achaques que podían haberse curado con el paso de los días, el reposo o una visita rápida al médico. Le siguieron los padecimientos del corazón, invisibles para el resto y sin embargo prístinos para Antonio, alégrame a la niña, que el novio la ha dejado sola con un crío recién nacido, a mi marido lo han echado del trabajo y no tiene fuerzas para levantarse por la mañana, cúralos, bendícelos, devuélveles la alegría. Y, Antonio, exhausto, recogía sus dolores y los engullía, tragaba con dificultad, la garganta le raspaba cuando algunos recuerdos o sensaciones se quedaban atascados, bebía un poco de agua entonces o tragaba un mendrugo para empujarlo todo hacia abajo. A veces no tenía nada para ofrecer más allá de su cuerpo, pero aquello también les valía a los hombres, al final era un niño que no se convertiría en un humano de pleno derecho y para algo tenía que servir.

Cuando anochecía y Carmen subía a la casa, se apostaba de espaldas contra la portezuela del gallinero. Picaba con los nudillos tres veces para despertarlo: Antonio, hermano, despierta, que los papas no están aquí. Él se revolvía en el lecho de paja que había armado de forma provisional, se sacudía el cabello enmarañado y

pegaba la oreja a la madera. Dime, Carmen, qué tienes que decirme. Oía una carcajada burlona en un tono más grave de lo que se esperaría de una mujer tan joven y a continuación escuchaba lo que tenía que decirle. Ella le contaba cómo envenenar el ganado y endurecer la tierra para que no creciera nada. Cómo romper las ramas de los árboles por el peso de los frutos, gordos y a punto de reventar, pero que al caer se partieran en dos y descubrieran estar repletos de gusanos; cómo provocar la tiña, el escorbuto, la migraña, el cáncer de pulmón, la tuberculosis y el raquitismo en los hijos recién nacidos. Recitaba de corrido nombres de hierbas y de piedras y de animales no tan suaves ni agradables de oír como el vencejo o las perdices rojas o el zarapitín. Antonio se tapaba las orejas porque no quería oír sus palabras envenenadas, su silbido penetrante debajo de las consonantes y de las vocales. No, no, no, no, eso no, decía. Yo no estoy aquí para eso. Pero Carmen volvía cada noche de castigo y volvía a recitarle sin detenerse, casi escupiendo espuma por la boca, la misma retahíla hasta cansarse.

* * *

Esa última vez, al volver de Barcelona después de su viaje frustrado, Antonio no podía pensar en otra cosa que en ella. Esperaba su visita con temor y algo parecido a la excitación. Estaba cansado de la rutina de sus días, pero todavía conservaba una especie de ilusión por lo que habría de venir. No es verdad que no me quieran, le dijo en cuanto la escuchó sentarse de espaldas a él, separados por la puerta del corral. Me necesitan y me ven, soy el niño más querido del pueblo, siempre me piden que los ayude, que les hable o los consuele. ¿No es eso que te quieran? No te quieren aquí ni te quieren en ningún sitio, le respondía ella. Que no, insistía él. ¿Y por qué te tienen preso, lejos de todo y de todos?, arremetía Carmen. Te están utilizando, nada más que es eso. Pero él confiaba: dice la Biblia de papa que el Señor nos tiene a su vera, a los que somos elegidos por él o nos dejamos guiar por él; nos mantiene agarrados y no nos suelta porque nos quiere. ¿Cómo es que dice?, respondía ella con retintín. Sabed, pues, que el Señor ha apartado al piadoso

para sí, Él guarda los pies de sus santos, mas los impíos perecen en tinieblas. ¿Eso significa que guarda tus pies en un cesto, junto a los pies de otros mugrosos y roñosos igualititos que tú?, reía Carmen. Significa que mis pies flotan para estar cerca de los suyos, ¿no has leído que Él puede caminar por el agua y por las nubes?, contestaba, intentando atisbar a través de las rejas el firmamento. Carmen entrecerraba los ojos mientras aplastaba con una mano las hojas caídas del otoño: mi Antoñico, hermano, pero tú no eres un santo. ¿Y por qué dices eso? Pero qué mala que eres. Porque para ser santo hay que morir primero, déjame que te ayude, yo sé cómo hacer para que tus pies floten por encima de todos como buscando el cielo.

Cuarta parte
Bosques aún más profundos

14

Mi tía Carmen ha fallecido. Esa es una de las razones por las que he vuelto a venir aquí, después de tantos años. He leído en el obituario online de la Funeraria Las Angustias que su misa se oficiará primero en el Tanatorio Municipal del pueblo y después en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Anunciación. Murió por la mañana del 31 de octubre y la misa funeral se oficiará hoy, miércoles 1 de noviembre, a las cuatro y media de la tarde. La fecha parece una broma de mal gusto, pero no lo es.

Nunca he entrado en un tanatorio. A pesar de haber estado rodeada de muertos durante toda mi vida y de llevar uno sobre los hombros, siempre me he negado a entrar a esos sitios. La frialdad del metal se me hace ajena con la calidez que imagino en los cuerpos: sé que no tiene sentido, porque los cadáveres se enfrían y la sangre deja de bullir y de removerse en las venas y en los órganos, pero la asepsia, el gris poco natural del metal y el frío como de cuchillo me parecen una falta de respeto para las personas que fuimos. Me sorprende la cantidad de gente que hay agolpada en la puerta del tanatorio, pero luego recuerdo que un funeral es un evento como cualquier otro, una excusa para reunirse y que, de todos modos, es de mala educación no asistir a los entierros. Es un día espléndido y la luz se cuela a través de los ventanales, iluminando algunas cabezas entre la multitud. Esperaba que las ventanas tuvieran barrotes, como en los respiradores de las plantas bajas o de los sótanos, pero los cristales están limpios y parecen vidrieras decorativas, no hay temor a que se rompan porque nadie quiere entrar aquí. No cruzo miradas con los vecinos y estos no me

reconocen, también es cierto que he cambiado lo suficiente para que no se fijen en mí. Cuchichean entre ellos sobre la causa de la muerte, pero esta vez no hay nada extraño detrás. No tienen con qué alimentar sus chismorreos y cuentos, que ya empiezan a repetirse demasiado, incluso a ser molestos. Cuando todos mueran, algún otro pueblo les sucederá, eso no lo pongo en duda.

Pero, al final, la Carmen acabó extinguiéndose por vieja. Los achaques de la edad, como dicen. Me acerco al ataúd, que es de los baratos. No tiene terciopelo en su interior como he visto en las películas, se parece más a un cajón de metal, y eso me sorprende por el cuidado que ponía ella en sus quehaceres y en su aspecto. Incluso en sus últimos días, no estaba encogida ni llena de arrugas. Tenía la piel extendida sobre los huesos como un lienzo grueso y resistente, escasamente ajado por el tiempo, el pelo larguísimo y trenzado hasta la cintura, la figura recta aunque bajita y la cabeza altiva mirando siempre hacia arriba. Puede que ella sea uno de los pocos habitantes de este pueblo que no ha ido a dar con sus huesos a ese territorio sin descanso que es el velo que separa a los vivos de los muertos. Eso es lo que dicen que les ocurre a las personas que tienen una muerte violenta o cuya agonía se ha alargado demasiado y les ha producido un sufrimiento indecible. Sin embargo, a mi tía la veo tranquila por primera vez. No tiene el rostro crispado ni el ceño fruncido: descansa de verdad.

Me doy la vuelta y miro a mi alrededor con atención, intentando escudriñar el espacio entre las gentes. No esperaba ver a ninguno de sus hermanos, pero, aun así, me aseguro de constatar que no hayan venido a comprobar que esté muerta de verdad, que la noticia que el párroco nos dio no era otro de sus juegos para atraernos aquí por alguna razón. Manolo tampoco ha bajado a velarla, y eso que vive al lado. Quizá tiene miedo de ser el siguiente. Teniendo en cuenta que es mayor que ella, lo raro es que no se haya muerto antes.

Con el ataúd abierto, puedo verla por última vez. Tiene los brazos a los costados del cuerpo. No se los han cruzado sobre el pecho como les hacen normalmente a las mujeres, que guardan el sagrado corazón de Jesús, todo el amor en su caja torácica. Tiene los brazos

a los costados y debajo de las uñas todavía se adivinan restos de barro, que el tanatopractor de la funeraria no ha sabido o no ha querido limpiar, es como si hubiera estado escarbando en la tierra mojada. Cuando bajaron a Antonio del árbol, una de las notas del informe de la autopsia decía que había signos en los pies de haber sido mojados en un líquido hidratante y espeso, seguramente aceite. El viento gélido del invierno se los había secado, pero aún estaban suaves e hidratados y hedían con ese olor característico de los aceites almizclados, los que se usan para ungir los cirios de las iglesias o perfumar las casas señoriales. Como la causa de su muerte era evidente para todos los que habían presenciado su figura tambalearse ante sus propios ojos, y como también el niño tenía sus dificultades, no se buscó mucha explicación a ese fenómeno aislado y se dejó pasar. Tal vez intentó freírse sus propios pies, cacareó entre risas algún idiota del pueblo.

Cuando miro a Carmen a la cara, puedo notar cómo el peso que he sentido mucho más cargante estos últimos días desde que me comunicaron su muerte —mucho más que de costumbre, lo que me inquieta y me aterra, una carga que he sorteado durante todos estos años con más o menos acierto pero que no ha acabado de hundirme — se asienta del todo y emite una especie de clac, como la pieza de recambio de un mecanismo roto que al final se convierte en la pieza que habrá de llevar por siempre.

15

Salgo del tanatorio y evito pasar por la iglesia para acudir a la misa. Lo único que quería era ver por última vez a Carmen, comprobar que efectivamente había muerto, como si eso cerrara otro capítulo de la historia de esta familia, de este pueblo. Con prisa, deshago el camino andado desde la plaza donde está el tanatorio hasta la carretera y luego subo por la vereda, me levanto las faldas del vestido y hago un nudo con la anilla del cinturón para mantenerlo recogido por encima de los tobillos. Paso de nuevo por casa,

introduzco la llave, me fijo en la maleta, que todavía sigue abierta, la cierro con decisión y me la llevo conmigo al bosque, cargada sobre la espalda. La verdad es que no pesa tanto, no me hará trastabillar. Necesito recorrer el canal sin miedo a caerme.

La última vez que me tropecé, mientras huía de la ira de mi padre por algo que había hecho pero que no recuerdo que fuera tan grave, me caí de boca sobre los cantos rodados que echábamos sobre el terreno para tapar las malas hierbas y él cayó sobre mí con el collar Scalibor antiparásitos que intentaba ponerle momentos antes a uno de los perros de la granja. Con la barbilla otra vez abierta sobre las piedras, donde se escurría la sangre sucia de mi herida ya remendada en otra ocasión, pensé por unos instantes que esa vez no me pegaría, porque ya me había hecho daño y ahí estaba la sangre para demostrarlo. Torcí la cabeza hacia atrás tan rápido como pude antes de que mi padre desenredara el collar de goma y lo miré sonriendo de forma psicótica con los párpados casi dados la vuelta, muda por el terror mientras me señalaba con el dedo la barbilla, como diciendo: ya he pagado, papá, ya he pagado esta vez, no me pegues más. Pero no se inmutó o quizá se enfureció más porque ese daño no me lo había provocado él, sino yo, y en consecuencia también por eso debía castigarme: mi cuerpo le pertenecía. No era mío ni para dañarlo. A horcajadas sobre mi cintura, dejando caer su peso para que no pudiera levantarme, desenvolvió el collar largo como era, que olía a una mezcla de azufre y desinfectante, y me azotó la parte posterior de las piernas y los gemelos con tanta fuerza que me dejó los estigmas marcados durante días. Estas heridas sí desaparecieron, pero no el dolor y la humillación y el recordatorio que vino con ellas y que aún sigue ahí: no te atrevas a caer.

Por eso, para trepar encima de la acequia tanteo primero con la punta del pie, luego asiento el talón, lo dejo allí unos segundos para reconocer el terreno, me doy impulso con el otro pie y me subo con aplomo. Encima de la acequia soy capaz de correr alcanzando una velocidad similar a la de todos mis pensamientos. Pero, antes de hacerlo, abro la maleta y me voy deshaciendo de lo que guardaba en su interior, arrojo libros, mudas de ropa y restos de otras vidas en el canal de la acequia, donde sé que acabarán por llegar al mismo sitio

al que me dirijo yo, conducidos por el agua. Al final nos encontraremos de nuevo. Cuando la maleta está vacía y las tapas cuelgan como una mandíbula desencajada de color mostaza, la arrojo por el barranco para que se estampe contra las piedras. Ahora sí, echo a correr y veo pasar a mi lado, a una velocidad que las vuelve casi indistinguibles, emborronadas en mi retina, formas de árboles, animales, campos de trigo y huertas que se extienden bajo el sol de la tarde. A medida que la luz desciende y yo misma me vuelvo como un bulto oscuro en mitad de la espesura, en la profundidad de ese bosque ignoto, aminoro el paso hasta que me planto en el último tramo.

Contengo la respiración, esperando alguna suerte de acontecimiento. Noto un cosquilleo que me sube por las vértebras intercostales y se aloja detrás del esternón. Abro lentamente los ojos, que he mantenido cerrados durante los últimos metros, y aprieto muy fuerte los párpados para que, al mirar por primera vez, pueda contemplar el final como si fuera un principio. La luz apenas se cuela a través de la maleza y de la hojarasca y es solo un destello percutido contra las piedras y la gran estructura hecha de hormigón que tengo delante. En el final de la acequia hay un embalse profundo. Supongo que era algo que cabía esperar. Me detengo en seco para evitar caer en la oscuridad de ese caldo. Algunas piedrecitas sueltas que he arrastrado debajo de las botas se resbalan por las paredes del embalse y caen dentro emitiendo un sonido apenas audible. Las aguas de todo el pueblo convergen en este punto y vuelven a transportarse en un circuito que no se renueva, sucio y enlodado. Las paredes del embalse son de un verde limoso. El color verde se mezcla con la sangre de los cadáveres invisibles que imagino que yacen en el fondo porque al final nos bañamos para quitarnos las manchas de sangre sucia de nuestra piel; cómo no iba a estar la balsa, bajo el lodo, llena de cadáveres. Si toda el agua de la acequia va a parar aquí, también lo hace la que se escurre en el fregadero y en el desagüe de la ducha y en los canalones de las casas y el drenaje de los patios. Como la que he usado para lavarme esta misma mañana.

Los objetos que he guardado en la maleta que he lanzado montaña abajo no pueden flotar en la superficie, pero noto con una intuición que atesoro en el vientre que están en algún lugar de ese fondo, llenándose de cieno mientras los pececitos minúsculos irán royéndolos hasta que se descompongan del todo. Me pregunto si los huesos son fáciles de atomizar en ese tipo de embalses, porque nunca he visto esqueletos de peces ni en los pantanos ni en los ríos ni en las charcas o estanques poco profundos, aunque sí los he visto en los documentales de La 2 cuando era pequeña y en los vídeos de internet especialmente ideados para atraer a la gente con talasofobia, que es el miedo a las regiones más hondas del océano. Tal vez solo llegan a pulverizarse en las aguas poco profundas, por la acidez del pH o alguna de esas razones que tienen que ver con el uso que hacemos los humanos de los recursos naturales, pero el océano está a salvo de nosotros y por ello conserva los esqueletos de sus peces y sus dioses, como dicen algunas historias que corren por los foros más oscuros de la web: que Dios habita en el fondo del océano y que tiene forma de coral.

Yo no sé del dios-coral del océano porque al ahogarme en la playa de joven aquel socorrista moreno pudo sacarme a la orilla y no dejó que mi vida acabase en ese momento, hundiéndome muy suavemente como si fuera una hoja caída o como cuando flotaba hacia el techo del dormitorio, más allá de la zona abisal por debajo del hades, abrazada al coral que pensó en mí por primera vez y con eso pudo crearme. Pero sí sé de los dioses del bosque, y del hombre, la mujer y el bebé de esta en brazos y que mi padre veía, cada mañana de sus seis años, antes de ir al colegio y que luego dejaron de aparecer. Recuerdo las historias que me contaba y puedo reconocer que son todas verdad. No sé si esa visión era para él o era para mí, porque al final los dioses tienen una vida más larga y a veces se saltan una o dos generaciones antes de dar con la persona que buscan, o quizá él era la persona adecuada porque yo tenía que quedarme escuchando su historia para que calase bien dentro de mí.

En el otro extremo del pantano puedo reconocer tres figuras, o eso es lo que me parece distinguir, porque, cuando me acerco a ellas atravesando el borde empedrado de la gran masa de agua, me doy

cuenta de que la mujer no lleva a nadie en el regazo. El fardo envuelto en su pecho es solo una manta abultada y doblada sobre sí misma, pero no es un niño dormido. Tiene la cara como de angustia y abre los brazos al verme, los alarga poco a poco hacia mí, esperando a que yo le dé algo. Pero ese niño que espera me pesa y me pesa en los hombros y tengo más ganas de tirarlo al embalse que de acomodarlo en su pecho.

Puedo dejar que se quede con ellos o puedo cortar la cuerda y arrojarlo al embalse, para que se resbale con esas tibias de hueso pelado y no pueda volver a subirse encima de mí. La cuerda está muy tirante de todas las veces que ha bajado y subido, sería muy fácil cortarla. Al ver que vacilo, el hombre y la mujer se acercan flotando y me doy cuenta de que no tienen pies. Me colocan las manos sobre los hombros con una suavidad que apenas recuerdo y la cuerda se rompe. Noto que el niño se escurre por encima de mi cabeza, como si me hubiera golpeado contra el asfalto y me corriera la sangre caliente sobre la frente. Primero noto sus pies, que me rozan las orejas. Luego flexiona las rodillas y se sienta a horcajadas encima de mis hombros, sus talones me golpean la parte inferior de las costillas. Lo agarro de las tibias para que no se caiga y me agacho. Bajo la cabeza para que pueda descender sin dificultad y siento cómo se prende a mi pelo agarrándolo a puñados. La mujer extiende los brazos de nuevo y el hombre le hace señas para que vaya. El niño me suelta el pelo y trota dando saltitos hasta colocarse enfrente de los dos. La mujer lo levanta con ayuda del hombre, que lo agarra fuerte por los muslos. Ambos jadean por el esfuerzo y emiten gruñidos entrecortados, tuercen la boca, lo que estropea lo que podría haber sido un bonito reencuentro. Nadie imagina lo grotescos que son los ruidos y los suspiros de esfuerzo que se nos escapan al cargar el cuerpo de aquellos que han muerto, uno tiende a pensar que después de eso solo viene el silencio.

Cuando ya lo tienen en brazos y el hombre se lo echa a la espalda, me burlo de esa imagen espantosa. Me limpio las manos húmedas por el sudor en la falda del vestido de lino y veo que está hecho jirones, ha debido de rasgarse mientras recogía el mimbre que he trenzado después, caminando por encima de la acequia, para

hacer con él una cuerda dura y resistente que me dure tantos años como los que me quedan y todavía algunos más. Mis manos se agarran como tenazas al cogote del niño, al que rodeo con un nudo corredizo. El hombre y la mujer se esfuman como en un sueño y él me devuelve una mirada de reconocimiento.

Durante el invierno, mis padres reproducían sin pausa, en la radio del coche o en el radiocasete de la casa de los abuelos, la cinta de Navidad de Parchís, un soniquete cargante, monótono y chillón que se me introducía en los oídos como si fueran los picotazos de miles de abejas. Las letras sonaban ridículas y un tanto manidas y las tarareábamos sin pensar demasiado en lo que decían, pero hay una que yo cantaba riéndome para mis adentros, fascinada por la melodía que envolvía la canción, y disimulaba las palabras en las que sí me fijaba y que cantaba chillando mientras saltaba del sofá a la mesa y de la mesa al mueble televisor. No me mires airado, hijo mío, mírame con los ojos que yo te miro. Ay, jesusito querido, que estás comiendo corazones partidos.

* * *

Lo subo de nuevo a mis hombros y me detengo en el mecanismo perfecto que su cuerpo forma adherido al mío. Ese clac que he notado horas antes ya no me hunde ni me da miedo y además le da una fuerza a mis manos que puedo usar para hacer añicos a quienes buscan que yo los rompa sin que ellos mismos lo sepan. Así lo buscan las personas más miserables del mundo, las que quieren probar hasta dónde pueden llegar caminando encima de uno, esperando que dios o el diablo las reconozca no por sus buenas o malas acciones, sino por la cantidad o el tamaño de estas, porque, al final, si algo son, si algo tienen que ser, es recordadas. Así que recuerdo por ellas, pero no así sus nombres o sus palabras o la mirada que tenían en el último momento.

Solo recuerdo que pueden caber en una maleta y que sus huesos no darán con el cielo.

* * *

Acaricio las manos huesudas de Antonio, de muerto viejo, y los dos contemplamos el fondo del embalse. Él me susurra con voz pastosa, escucho lo que dice, pero no puedo escribirlo. Los santos tienen que esperar a que sean otros quienes los cuenten, eso es lo que se llama una hagiografía, pero por suerte este no es mi caso y yo he podido contar todo lo que he vivido.

Yo no soy una santa. Yo todavía no he muerto.

Agradecimientos

A mi editor, Jorge, por confiar a ciegas en mi escritura antes de que esta novela cobrara forma. A mi tito Antonio, al que no pude conocer en vida, pero que me habló a través de sus cartas y fotografías. Y a Sergio, por insistirme durante años en que escribiera sobre mi pueblo y por convertirse en mi propia familia.

